

TEMA 3 [D]

LA SEXUALIDAD HUMANA UN PROCESO NI RESUELTO NI ASEGURADO: EL RETO DE LA EDUCACIÓN [HAY QUE EDUCAR]

Adolfo Chércoles Medina SJ

0. A modo de introducción:

Es importante tener presente, antes de abordar [entrar en] este tema, todo lo que hemos trabajado. En efecto, empezamos en la **Introducción** por tomar conciencia de que nuestra sexualidad teníamos que vivirla más como **tarea** [como un camino maravilloso que hay que recorrer] que como problema [como inconveniente], es decir, como algo cargado de posibilidades, aunque sin perder de vista que hay que aprovecharlas y, de no hacerlo, pueden volverse en inconveniente.

Por otro lado el **Tema I** nos presentaba que dicha sexualidad no es una dimensión más de nuestra realidad personal, sino algo **central**, presente en todas nuestras manifestaciones, del tipo que sean y, por tanto, no tomarla en serio puede tener repercusiones importantes en nuestra vida personal. Pero esta centralidad alcanza mayor importancia por el hecho de no ser una realidad **periódica**, regulada por una época de celo (animales sexuados) y, lo más novedoso, su carácter **plástico**, que la convierte en energía disponible, no constreñida a un contenido estrictamente genital [que sólo sirve para disfrutar sexualmente o para 'hacer niños'].

Por último, el **Tema II** nos presentó que esta sexualidad que debemos considerar más como tarea que problema, es algo dinámico [que se está haciendo, que está en movimiento], que no está plasmado [hecho] de golpe y de forma fija, sino que pasa por etapas contrapuestas, en una palabra, que tiene un itinerario [un camino, un recorrido]. En efecto, empezamos por una primera **etapa infantil** ('polimórficamente perversa', según Freud) llamada a negarse dramáticamente (**Complejo de Edipo**) que debe culminar en un **Super-yo**. La segunda etapa es lo que él denomina **periodo de latencia**, en el que deben formarse los 'diques para la sexualidad: vergüenza, repugnancia y moral'. Por último, la **etapa de madurez** sexual (pubertad, adulto) en la que se produce el paso del autoerotismo al aloerotismo, con la subordinación de todas las zonas erógenas [excitables sexualmente] a la primacía de los genitales, al servicio de la reproducción. Es decir, este segundo tema nos presenta la sexualidad como algo accidentado, lleno de peripecias, que tiene que hacerse porque no está programado. En efecto, ese recorrido estará cargado de circunstancias individuales y ambientales que condicionarán dicho proceso.

En este **Tema III** pretendemos tomar conciencia de nuestra sexualidad como **proceso**, es decir, como pura dinámica que de hecho, se nos ha dicho en el tema anterior, tiene que pasar por ciertas etapas que tienen que ser superadas. Es por tanto algo que 'tiene que hacerse' y, al no estar programado, tiene un resultado imprevisto [incierto]. ¿Tiene una posibilidad de intervenir en dicho proceso o todo se reduce a ser mero espectador de un resultado [de mirar, sin más, lo que está pasando] pendiente de infinidad de circunstancias?

Pero lo primero que hay que preguntarse es si el tal proceso pretende un 'logro' [una meta]

que de no alcanzarlo hay que considerar dicho proceso como fracasado. Pues, en efecto, dicho logro consiste en el paso del **Principio del placer** [hacer lo que me apetece], con el que nacemos, al **Principio de realidad** [hacerme cargo de una realidad que nunca coincide con mi capricho, pero tengo que afrontarla], o dicho de otra forma: paso del autoerotismo (infancia) [yo soy el centro] al amor [me preocupa el otro, los otros, porque los quiero].

El recorrido, tanto la primera parte ('visión de Freud') como la segunda ('experiencias-vivencias') va a ser complicado, porque intentamos remitir a datos o experiencias que muestran realidades cuya raíz es el estancamiento de este proceso. Algunas descripciones de **Bruckner**, **Lipovetsky** y **Ortega y Gasset** pueden parecer ajenas a nuestro tema [que no tienen nada que ver con lo que estamos tratando]. Sin embargo, si las leemos desde la perspectiva de un estancamiento en el **Principio del placer**, nuestro diagnóstico será más certero [sabremos qué es lo que está pasando] y nuestra respuesta más adecuada [acertada].

Para no perderse lo mejor es ir subrayando aquello que produce en mí un eco y prescindir de matices que me sacarían de lo que me afecta [de lo que tiene que ver conmigo]. Lo que pretendemos con estos encuentros es que ayuden a cada uno en su momento concreto, que no puede coincidir con el del otro o incluso no tenga nada que ver [cada uno es cada uno]. Aquí no vamos a sacar una 'teoría', que siempre se nos queda fuera y no puede cambiarnos, sino a dar nombre a experiencias propias, pues sólo lo que hacemos consciente podremos dominarlo: ¿no es esta la tarea del psicoanálisis [lo que pretendía Freud, que el enfermo se hiciese cargo de su vida]?

Aunque formamos un grupo, el proceso es personal y la búsqueda es de cada uno: nadie puede buscar por mí. Es el ejemplo del puzle: no puedo buscar fichas en el puzle del de al lado. Mi vida es como un puzle: son mis datos y experiencias [mis fichas] las que tengo que manejar y afrontar [colocar]. En muchas ocasiones, más que soluciones tendremos que buscar tareas: no olvidemos que la vida es proceso no estancamiento.

A. Visión de Freud:

[D] - Este proceso:

[a] – Consiste en pasar del principio del placer al principio de realidad, del autoerotismo [no salgo de mi cuerpo, de mi yo] al amor [me abro a la otra persona]. [6-10, 26 y 55-59]

El principio del placer ha de ser sustituido por el principio de realidad.

Por lo pronto, **Freud** reconoce que el '*instinto sexual*' es '*difícilmente educable*' y ocurre que "*el principio del placer* [dejarse llevar del capricho]... *llega a dominar al principio de la realidad* [hacerse cargo de la realidad], *para daño del organismo entero.*" Y es que como muy bien observa un poco antes: "*el principio del placer corresponde a un funcionamiento primario del aparato anímico y que es inútil, y hasta peligroso en alto grado, para la autoafirmación del organismo frente a las dificultades del mundo exterior.*" En efecto, sólo cuando el '*principio de realidad*' sustituye al '*principio del placer*' "*sin abandonar el propósito de una final consecución del placer, exige y logra el aplazamiento de la satisfacción y el renunciamiento a algunas de las posibilidades de alcanzarla, y nos fuerza a aceptar pacientemente el displacer durante el largo*

rodeo necesario para llegar al placer.”¹

Más lúcidas [verdaderas] no pueden ser sus observaciones, sólo falta que nos atrevamos a aplicarlas a nuestro contexto posmoderno [el ambiente que ahora nos rodea]. Si ahora lo que rige nuestro comportamiento es un hedonismo individualista [cada cual va a pasarlo 'pipa' sin pensar en los demás: “¡Ese es su problema!”] que dificulta ‘hacernos cargo de la realidad’, es porque no estamos dispuestos a que el ‘principio del placer’ sea sustituido por el ‘principio de realidad’. Pero tenemos que atenernos a las consecuencias.

La liberalización de la sexualidad, ¿una solución?

Cuando nuestra sexualidad no está dispuesta a superar 'el principio del placer' con el que nacemos, no hay posibilidad de crecer. Esta situación regresiva [no hemos dejado de ser niños] nos llena de insatisfacción, pues dificulta la verdadera maduración de nuestro instinto sexual. Dicha maduración es tan decisiva que, todo planteamiento que la ignore, **Freud** lo considera incorrecto [equivocado]. En un comentario suyo a propósito del planteamiento comunista que con la supresión de la propiedad privada, la agresividad humana desaparecería [si nadie tuviese nada suyo, no habría agresividad], añade la siguiente observación: *Si también se aboliera este privilegio, decretando la completa libertad de la vida sexual, suprimiendo, pues, la familia, célula germinal de la cultura, entonces, es verdad, sería imposible predecir qué nuevos caminos seguiría la evolución de ésta; pero cualesquiera que ellos fueren, podemos aceptar que las inagotables tendencias intrínsecas de la naturaleza humana tampoco dejarían de seguirlos.*²

Es decir, la ‘completa libertad de la vida sexual’ que supondría la supresión de la ‘familia’, nos llevaría a una total indeterminación siendo imposible predecir sus consecuencias. La sexualidad humana no es sin más algo que se puede dejar a su albor [a su capricho].

En efecto, en otros momentos alude a esta posible ‘liberalización’ de la sexualidad, y por lo pronto afirma con contundencia [con fuerza] en **Psicoanálisis y teoría de la libido** (1922) lo siguiente: Otro lamentable error de interpretación, sólo atribuible a ignorancia, es el de suponer que el psicoanálisis espera la curación de las afecciones neuróticas de una libre expansión de la sexualidad. Y a continuación formula con precisión la finalidad del psicoanálisis: La aportación de los deseos sexuales a la conciencia, conseguida por el análisis, hace más bien posible el dominio de los mismos, inalcanzable antes a causa de la represión. El hacer conscientes los ‘deseos sexuales’ no es para darles rienda suelta, sino para facilitar su ‘posible dominio’, dominio que nunca será posible sobre lo reprimido que permanece en el inconsciente.

Una vez más aparece claro, que el ser humano, al no estar programado, tiene que decidir, dando una respuesta personal a su sexualidad. Otra cosa es que el psicoanálisis no se meta en cuál deba ser dicha respuesta. Por eso termina esta interesante cita defendiéndose de reiteradas [repetidas] acusaciones: *Además, es absolutamente anticientífico preguntarse si el psicoanálisis puede llegar a echar por tierra la religión, la autoridad y la moral, puesto que, como toda ciencia, no tiene nada de tendenciosa y su único propósito es aprehender exactamente un trozo de la realidad. Por último, no puede parecernos más que una simpleza el temor de que los pretendidos bienes supremos de la Humanidad -la investigación, el arte, el amor y los sentimientos morales y sociales- puedan perder su valor o su dignidad porque el psicoanálisis esté en situación de mostrar*

¹ **Más allá del principio del placer** (1919-20) p 2509

² **El malestar en la cultura**, (1929) p 3047

*su procedencia de impulsos instintivos elementales animales.*³

Hay algo digno de subrayar en este final. La descalificación [decir que es falso] del psicoanálisis porque remita los ‘bienes supremos de la Humanidad’ a ‘impulsos instintivos elementales animales’, no quiere decir que dicho origen agote todo su alcance. El hecho de que están ahí como punto de arranque no significa que su despliegue no añada nada y quede reducido a su origen puramente ‘animal’, sino que dicha ‘animalidad’ forma parte de esa sorprendente y compleja realidad, llamada a integrarse, que es el ser humano [no podemos negar que tenemos cosas de animal, pero estamos llamados a no comportarnos como animales].

El reto [la tarea] del ser humano: dominar sus instintos

Así, pues, él mismo reconoce en **Las resistencias contra el psicoanálisis** (1924) que el reto del hombre es dominar las fuerzas naturales y la coerción [el control] de sus instintos, especialmente los sexuales que como afirma *descuellan por su fuerza y su salvajez... en el sentido más estricto*, y añade: *¡Ay si quedasen en libertad!*⁴ Es pues consciente de su alcance. Por tanto, la respuesta que se les dé no parece que tenga consecuencias triviales [sin importancia].

En efecto, un poco más adelante, en la misma obra, vuelve a afirmar con contundencia [fuerza] que *el psicoanálisis jamás estimuló el desencadenamiento [dejar libres] de nuestros instintos socialmente perniciosos; bien al contrario, señaló su peligro y recomendó su corrección*. Ahora bien, esta corrección, que siempre supondrá un dominio, no está ni mucho menos garantizada, y al final de este párrafo confiesa *el hecho de que la mayoría de los hombres los dominan en forma insuficiente y psicológicamente incorrecta, de modo que son estos, precisamente, los más propensos a desencadenarse*. Esto quiere decir, que el dominio de los instintos sexuales ha de tener dos características: que sea ‘suficiente’ y ‘psicológicamente correcto’. ¿Cuándo se puede decir que es suficiente? ¿Cuándo es correcto psicológicamente? O formulado de otra manera, ¿podemos hablar de una “sexualidad normal”?

Una normalidad amenazada: ¿es posible un dominio de la sexualidad suficiente y correcto?

Causas que lo imposibilitan.

Por lo pronto, en esta misma cita alude a dos posibles causas de esta insuficiencia e incorrección [del dominio de nuestra sexualidad]: por un lado *la sociedad... ha implantado un alto ideal de moralidad -moralidad significa coerción [control] de los instintos-, cuyo cumplimiento exige a todos sus miembros, sin preocuparse de lo difícil que esta obediencia pueda resultarle al individuo*, y por otro *no cuenta con una organización tan íntegra y perfecta como para poder indemnizar al individuo por su renuncia a los instintos*; es decir, un ideal demasiado alto para generalizarlo, cuando al mismo tiempo la estructura psíquica [la maduración del temperamento] no alcanza el nivel necesario para responder al ideal propuesto. Esto le lleva a describir la situación como *hipocresía cultural*⁵ [que es una farsa, que aparentamos lo que no somos].

El diagnóstico es impecable, pero el problema no está en dicho diagnóstico sino en la postura que adoptemos al tomar conciencia de su verdad. En efecto, podemos adoptar posturas totalmente coherentes, al mismo tiempo que opuestas: podemos decidir que lo obvio [lo lógico] es

³ **Psicoanálisis y teoría de la libido** (1922) p 2672-3

⁴ **Las resistencias contra el psicoanálisis** (1924) p 2804-5

⁵ **Las resistencias contra el psicoanálisis** (1924) p 2805

rebajar el ideal, al mismo tiempo que aceptar sin más el hecho de una inmadurez real: es lo que se denomina 'tirar la toalla'. Pero, quizás, sería más válido presentar un ideal que responda a las expectativas que todos deseáramos, pero planteado 'dinámicamente' [planteado como algo que hay que ir consiguiendo, cada uno a su ritmo], es decir, como proceso (no como exigencia desde un ideal), que la persona pueda ir asumiendo gozosamente, al mismo tiempo que fortalecer unas estructuras psíquicas [un temperamento], al comienzo dispersas e incapaces, pero que están llamadas a integrarse y madurar.

Un proceso no asegurado

Pero la centralidad e importancia de la sexualidad en la vida humana no lleva consigo unos mecanismos 'instintuales' [como en los animales, con su 'época de celo'] que aseguren la corrección de su proceso, sino que está expuesta a múltiples accidentes a lo largo de unas etapas por las que cada individuo ha de pasar y que han de ser superadas correctamente. Dicha superación no está nunca asegurada porque en gran parte depende de circunstancias. Ahora bien, en un proceso tan poco 'asegurado' ¿podemos hablar de una meta 'normal'? Ante un proceso tan imprevisible y accidentado ¿no tendríamos que asumir el resultado más o menos precario de un azar que no podemos controlar [lo que buenamente va saliendo, porque no estamos dispuestos a decidir nosotros]?

Por lo pronto **Freud** reconoce que el instinto sexual es difícil de educar. En **Más allá del principio del placer** (1919-20), al aludir a la necesidad de que el principio de realidad sustituya a un principio del placer que *es inútil, y hasta peligroso en alto grado, para la autoafirmación del organismo frente a las dificultades del mundo exterior*, constata que *continúa aún, por largo tiempo, rigiendo el funcionamiento del instinto sexual, más difícilmente «educable», y partiendo de este último o en el mismo yo, llega a dominar al principio de la realidad, para daño del organismo entero.*⁶ Si no podemos soñar con una descripción detallada de una supuesta sexualidad 'normal' estándar [un modelo de madurez], todos sin embargo coincidimos en lo que no es deseable: que el instinto sexual quede a merced de un poderoso principio del placer, el más primitivo que tuvimos, por ser sencillamente 'peligroso'.

Es decir, hay que reconocer que *el paso del principio del placer al principio de la realidad constituye uno de los progresos más importantes del desarrollo del yo. Ahora bien, si el yo del hombre experimenta un desarrollo y tiene, al igual de su libido, su historia evolutiva, no puede ya sorprendernos la existencia de regresiones del yo a fases anteriores de su desarrollo...*⁷ [siempre podemos volver a etapas superadas].

En efecto, como comenta en su trabajo **Esquema del psicoanálisis**, *el motor capital de la evolución cultural ha sido la necesidad real exterior, que le negaba la satisfacción cómoda de sus necesidades naturales y le abandonaba a magnos peligros.* A esta lucha con la realidad se enlazó una renuncia a varios impulsos instintivos que no podían ser satisfechos socialmente, lucha que le llevará a una adaptación o incluso a su dominio por medio de la sublimación, como también por *la colaboración y la convivencia con sus semejantes*, mientras siempre habrá una parte que pervivirá en el inconsciente y tenderá a *lograr una satisfacción cualquiera, aunque deformada.* Es decir, además de no asegurado dicho dominio, siempre estará amenazado. [6-10]

⁶ **Más allá del principio del placer** (1919-20), p 2509

⁷ **Introducción al psicoanálisis** (1915-17), p 2345

Pero, ¿en qué consiste dicho dominio?:

Paso del autoerotismo (principio del placer) al amor objetivado (principio de realidad)

Es decir, el amor sólo es posible cuando se da “*la síntesis de todos los instintos parciales de la sexualidad, bajo la primacía de los genitales y al servicio de la reproducción*”. Pero veamos cómo entiende esta síntesis que está bajo el dominio del yo (¿no es el ‘instinto sexual’ el que ama!): de ser algo puramente ‘instintual’ está llamado a alcanzar una síntesis ‘personal’.

En **Los dos principios del funcionamiento mental** (1910-1) intenta describir la necesaria evolución de la sexualidad humana a trascenderse: *En tanto que el yo realiza su evolución desde el régimen del principio del placer al del principio de la realidad, los instintos sexuales experimentan aquellas modificaciones que los conducen desde el autoerotismo primitivo, y a través de diversas fases intermedias, al amor objetivado, en servicio de la función reproductora.*⁸ El ‘autoerotismo primitivo’, ligado al ‘principio del placer’, está llamado a regirse por el ‘principio de realidad’ a través de un ‘amor objetivado’. ¡Sin trascenderse no hay acceso a la realidad! [no podemos responder a ella]

De todas las observaciones que vamos recogiendo parece que queda clara una cosa: el instinto sexual humano, ‘polimórficamente perverso’ [sin sentido en todas sus manifestaciones] en un comienzo, está llamado a trascenderse si quiere posibilitar la civilización [la convivencia] que sólo surgirá del “altruismo”. Pero todo este proceso necesita una ‘organización’ capaz de llevar a cabo este complejo acceso a la realidad. Pero veamos una concreción [un caso, un ejemplo] importante en este acceso a la realidad:

El trabajo como concreción de esta trascendencia que nos posibilita acceder a la realidad

Son interesantes algunas concreciones de este proceso de acceso a la realidad. Veamos una de ellas: el trabajo. En efecto, el trabajo es un medio privilegiado de cara a este acceso a la realidad, y así lo recoge en una nota a pie de página en **El malestar en la cultura** (1929): *Ninguna otra técnica de orientación vital liga al individuo tan fuertemente a la realidad como la acentuación del trabajo, que por lo menos lo incorpora sólidamente a una parte de la realidad, a la comunidad humana. La posibilidad de desplazar al trabajo y a las relaciones humanas con él vinculadas una parte muy considerable de los componentes narcisistas, agresivos y aun eróticos de la libido, confiere a aquellas actividades un valor que nada cede en importancia al que tienen como condiciones imprescindibles para mantener y justificar la existencia social. La actividad profesional ofrece particular satisfacción cuando ha sido libremente elegida... No obstante, el trabajo es menospreciado por el hombre como camino a la felicidad... La inmensa mayoría de los seres sólo trabajan bajo el imperio de la necesidad...*⁹

Triste realidad, en efecto, que priva al ser humano de una fuente insustituible de equilibrio, capaz de encauzar energías básicas que, de no hacerse, pueden provocar serios desajustes. El ligar la ‘felicidad’ a dimensiones que tan solo podemos vivenciar pasivamente [que nos han tocado en suerte] (sobre todo relacionadas con el ‘placer’), nos privan de aprovechar mediaciones [oportunidades] que nos pondrían en juego ‘realizándonos’, en vez de la sensación de privación [de carencia] que provoca poner la meta en satisfacciones que una vez alcanzadas se extinguen y que siempre frustrarán. [26] ¿Nos integra la satisfacción (pasiva [que simplemente disfruto]) o la

⁸ **Los dos principios del funcionamiento mental** (1910-1) pp 1641-2

⁹ **El malestar en la cultura** (1929) p 3027

respuesta personal [que yo he elegido porque me llena] (ponerme en juego)?

Una educación necesaria, pero oportuna.

Sin embargo, el terreno es movedizo. Si por un lado *la disposición psíquica a la neurosis es engendrada por el retraso en educar al instinto sexual en el respeto a la realidad y por las condiciones que han permitido tal retraso*, por otro *una temprana represión excluye la sublimación del instinto reprimido. Pero una vez levantada la primera, queda libre de nuevo el camino para efectuar la segunda.*¹⁰

Es decir, ni el ‘retraso’ en la educación, ni ‘una temprana represión’ aciertan. La cosa es más delicada de lo que a simple vista puede parecer. Si hemos dicho que la represión peligrosa es la que remite al inconsciente, todo lo que sea responsabilizar (sin exceder su capacidad) es acertar en la posibilidad de ‘sublimar’ el instinto, porque en definitiva lo que sí queda claro es que ‘hay que educar al instinto sexual en el respeto a la realidad’.

El acceso a la realidad, meta de todo proceso psíquico.

En efecto, este acceso a la realidad es la meta de todo proceso psíquico, y no podía ser menos en el caso de la sexualidad humana, y la necesaria educación para este ‘respeto a la realidad’ que en gran parte se lleva a cabo por medio de la sublimación, no es algo que en sí asegure su cometido si lo exageramos. Veamos lo que **Freud** advierte en la misma obra que acabamos de citar: *Nuestras aspiraciones civilizadoras hacen demasiado difícil la existencia a la mayoría de las organizaciones humanas, coadyuvando [empujando] así al apartamiento de la realidad y a la formación de la neurosis sin conseguir un aumento de civilización por esta exagerada represión sexual. No debíamos engrairnos tanto como para descuidar por completo lo originariamente animal de nuestra naturaleza, ni debemos tampoco olvidar que la felicidad del individuo no puede ser borrada de entre los fines de nuestra civilización. La plasticidad de los componentes sexuales, que se manifiesta en su capacidad de sublimación, puede constituir una gran tentación de perseguir, por medio de una sublimación progresiva, efectos civilizadores cada vez más grandes.*¹¹

En efecto, ‘la felicidad del individuo no puede ser borrada de entre los fines de nuestra civilización’, como tampoco es válido considerarla como el único fin (convicción que ahora nos lleva a callejones sin salida y a notables frustraciones a las que aludiremos más adelante).

Y aquí me veo obligado a hacer dos referencias: una a San Pablo y otra a San Ignacio. San Pablo, en **I Cor 7, 7-9** dice: *Mi deseo sería que todos fueran como yo, mas cada cual tiene de Dios su gracia particular: unos de una manera, otros de otra. No obstante digo a los solteros y a las viudas: Bien les está quedarse como yo. Pero si no pueden contenerse, que se casen; mejor es casarse que abrasarse.* No es un problema de ‘ideal’ sino de “gracia particular”: cada cual debe ver sus posibilidades, sin ‘abrasarse’.

La otra referencia es a San Ignacio, y no precisamente una referencia explícita al tema que nos ocupa, sino nada menos que a la hora de plantearse cuál es el ‘fin del hombre’. En efecto, en el **Principio y fundamento** describe este ‘fin’ con un binomio formulado dialécticamente [con dos partes contrapuestas que tienen que completarse]: en el primer miembro [la primera parte] hace una apuesta, plantea un sentido (*alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor*), que supone un

¹⁰ **Psicoanálisis**, (1909) pp 1563

¹¹ **Psicoanálisis** (1909) p 1553

éxodo o negación del propio yo, a través de la cual (y *mediante esto*) podemos abrirnos al segundo miembro del binomio [la segunda parte] (*salvar su ánima*), es decir, la ‘suya’, no una ‘salvación genérica’ [en general] para todos, sino irrepetible, única [la mía]. Es el descubrimiento y la constatación de cuál es mi manera de ‘alabar, hacer reverencia...’, que siempre será única, y sólo la constataré desde mis niveles de ‘felicidad’ irrenunciable, que no quiere decir que sea un estado ‘gratificante’ permanente (lo cual es impensable), sino de sentido, orientación ‘estable’, que ‘nos merece la pena’, que ‘nos llena’.

Es decir el ‘fin del hombre’ según Ignacio tiene dos miembros, de los cuales el primero apuntaría a la *sublimación*, y el segundo a la *felicidad del individuo* que según Freud ha de tenerse en cuenta si no queremos convertir la sublimación en represión. ¡Y no se pueden separar! Esta será la tarea del discernimiento-deliberación en San Ignacio.

Volviendo a nuestro tema: no hay acceso válido a la realidad si no pone en juego a la totalidad de la persona. Es decir, los niveles de satisfacción (no buscados, sino constatados [experimentados, el ‘poso’ que dejan las cosas]) son los que garantizarán que podamos hacernos cargo de la realidad. Y aquí hay que abordar la problemática de una educación más de acompañamiento que impositiva (¿mayéutica?: como la comadrona que ayuda a que nazca el niño).

La arriesgada tarea de la educación

En efecto, no es sólo ese respeto a la realidad lo que ha de tener en cuenta la difícil tarea de la educación, sino el ritmo y modo en que ese proceso va llevándose a cabo, pues tanto puede pecarse por retraso como por adelanto, o simplemente ‘reprimir’ lo que estaba llamado a sublimarse. Ya nos avisaba Freud de este peligro: terminar en represión (que luego se traducirá en síntomas neuróticos) lo que podía haberse convertido en nuestras “mejores virtudes”. Merece la pena recordar cómo describe en este texto (ya citado más arriba) la labor que lleva a cabo la sublimación: los instintos ‘perversos’ *son desviados por medio del proceso llamado sublimación, de sus fines primitivos y dirigidos hacia otros más valiosos*.

Todos tenemos la experiencia de niños sumamente difíciles que, después, han rendido humana y espiritualmente mucho más que otros que en ningún momento dieron señales de tendencias que podemos denominar ‘díscolas’ [rebeldes]. ¿No habría que caer en la cuenta que no es lo mismo **encauzar** [meter por buen camino] que dejar libremente que ‘desfogue’ una energía que siempre se ha denominado con la palabra **capricho**? El problema está en que ‘encauzar’ es mucho más lento y supone mucha mayor dedicación y cercanía que no la imposición sin más, que sería sencillamente lo que **Freud** denomina como represión en sentido totalmente negativo: es decir, la eliminación sin razones ni encauzamientos.

No me resisto a recoger un dato, que me dio mucho que pensar por lo que me afectaba, y que me proporcionó **Luis Rojas Marcos** en su libro **La autoestima, nuestra fuerza secreta**, a propósito de lo que él denomina en uno de los capítulos como “Tumbos de la infancia”, en el que describe el fracaso de su paso por el colegio de Portacoeli (Sevilla), llevado por jesuitas y, posteriormente la suerte de encontrarse con una mujer espléndida que supo encauzarlo con tacto y sacar de él lo mejor. Pero quiero dar dos citas iluminadoras para lo que estoy intentando expresar: “... la noción que los niños tienen en sí mismos es simplemente el reflejo de las opiniones que los demás forman y difunden de ellos. La segunda, que para apreciarse a uno mismo es esencial contar durante los altibajos de la niñez con el cariño y suave apoyo de algún adulto...”¹²

¹² **Luis Rojas Marcos, Nuestra fuerza secreta. Ed . Espasa Calpe, 2007, p 35**

Pero hay una observación de **Rojas Marcos** especialmente valiosa a mi modo de entender en este proceso de su propia 'maduración' y que convendría recoger para no desvariar con la tan traída y llevada autoestima: ***Paulatinamente** noté que el termómetro para medir mi autoestima era más sensible a "sentirme eficaz" que a "sentirme bien"...*¹³ El resultado no pudo ser más espectacular: ...*"Finalmente, Luis ha encontrado el juicio y se ha dado cuenta de las grandes ventajas que aporta cumplir con las reglas y obligaciones establecidas"...*¹⁴ Pero no olvidemos lo que vuelve a decir dos páginas después: ... *para poder encontrar la oportunidad en la crisis, una condición necesaria es contar, en algún momento, con el afecto y apoyo incondicional de otras personas...*¹⁵

Es decir, no es lo mismo 'sentirse bien', que 'sentirse eficaz', no es lo mismo la satisfacción de un capricho que no me libera del narcisismo, que el encauzamiento de una energía que me da acceso a una realidad de la que 'me hago cargo'. Pero si lo único que consigo es frustrar al niño en sus dinámicas 'perversas', en vez de 'hacerle experimentar' en la realidad (¡¡¡más pacientemente!!!) sus posibilidades, quedarán pendientes exigencias que no han encontrado una salida más válida.

Esta es la conclusión paradójica, pero irrefutable, de la ambigüedad a la que el hombre está abocado en su vida. Siempre se había constatado la disyuntiva (que ya aparece en Dt 30, 15) planteada a toda persona de escoger entre la vida y la muerte. **Freud** lo va a concretar psicológicamente en la peculiaridad del ser humano de caer en la neurosis o acceder a la realidad. Veamos cómo lo formula en su **Autobiografía**: *El carácter más singular de la vida sexual humana es su división en dos fases, con una pausa intermedia. Alcanza su primer punto culminante en el cuarto y quinto años de la vida, pasados los cuales desaparece esta temprana floración de la sexualidad y sucumben a la represión las tendencias hasta entonces muy intensas, surgiendo el período de latencia, que dura hasta la pubertad, y en cuyo transcurso quedan edificadas las formaciones reactivas de la moral, el pudor y la repugnancia. Esta división del desarrollo sexual parece ser privativa del hombre y constituye quizá la condición biológica de su disposición a la neurosis.*¹⁶

Este corte en la sexualidad humana (periodo de latencia) rompe un comienzo sin futuro, regido por el principio del placer y encerrado en el autoerotismo, para posibilitar el acceso a la realidad (principio de realidad). Pero este paso puede fracasar (neurosis) o simplemente no acabar de saberlo dar, como veíamos en la confesión biográfica de **Rojas Marcos**.

Pero veamos el paralelismo de esta confesión con la observación de **Freud** en **Introducción al psicoanálisis** de cara a la difícil tarea del paciente para tomar las riendas de su vida cuando el análisis ha desmontado las 'resistencias' que la enfermedad le había impuesto: *Se nos plantea ahora la labor de rectificar nuestra anterior concepción dinámica del proceso de curación y armonizarla con los nuevos conocimientos adquiridos. Cuando llega para el enfermo el momento de comenzar la lucha normal contra las resistencias que el análisis le ha revelado, precisa de un poderoso impulso que decida el combate... de la curación... El factor que decide el resultado no es ya la introspección intelectual del enfermo [el darse cuenta de lo que le pasa], facultad que carece de energía y de libertad suficientes para ello sino únicamente su actitud con respecto al médico. Si su transferencia lleva el signo positivo, revestirá al médico de una gran autoridad y considerará sus*

¹³ **Ibid. p 38**

¹⁴ **Ibid. p 39**

¹⁵ **Ibid. p 41**

¹⁶ **Autobiografía** (1924) p 2778

indicaciones y opiniones como dignas de crédito... La creencia en el terapeuta reproduce aquí la historia misma de su desarrollo. Fruto exclusivo del amor, no tuvo al principio necesidad ninguna de argumentos... Los argumentos que no [emanan] de personas amadas, no ejercen ni han ejercido jamás la menor influencia en la vida de la mayor parte de los humanos. De este modo, resulta que el hombre no es, en general, accesible por su lado intelectual, sino en proporción a su capacidad de revestimiento libidinoso de objetos; razón por la cual, podemos afirmar que el grado de influencia que la más acertada técnica analítica puede ejercer sobre él, depende por completo de la medida de su narcisismo, barrera contra tal influencia.¹⁷

La cita es especialmente iluminadora:

- Siempre está dispuesto a modificar sus concepciones, asumiendo sin la menor reticencia nuevas constataciones [nuevos datos].
- Es el enfermo el que tiene que curarse, para lo cual necesita una ‘energía’ y una ‘libertad’ que no le proporciona la mera ‘introspección intelectual’ [el conocer, el darse cuenta].
- Esta energía sólo puede recibirla de la transferencia positiva hacia el médico [la confianza y cariño que me despierta], la cual dará ‘crédito’ y ‘autoridad’ a sus opiniones.
- Es la reproducción de la historia de su desarrollo [la relación con sus padres en la infancia], fruto exclusivo del amor.
- Conclusión: el hombre, en general, no es accesible por su lado intelectual [las ideas, el conocimiento], sino por el afectivo¹⁸.
- La única barrera para desplegar esta capacidad es “la medida de su narcisismo”. (Decíamos, más arriba, que desde el narcisismo nunca accederemos a la realidad para hacernos cargo de ella)

Freud tiene claro que lo intelectual [el pensar] nos da luz, pero no fuerza. Y no cualquier fuerza es la que necesita, sino que ha de ser una energía que se pueda expresar libremente: ésta no es otra que el amor. De no ser así se convertiría en voluntarismo [hacer a la fuerza, 'por puños'], o simplemente en volver a las resistencias propias de lo reprimido. [55-59]

Una normalidad nunca asegurada

Pero este proceso llamado ‘normal’ no parece ser tan obvio y en **Tres ensayos para una teoría sexual** (1905) nos lo describe como un resultado incierto y aleatorio [no seguro]: *...la hipótesis [la idea] de que en las perversiones existe, desde luego, algo congénito [algo que llevamos dentro siempre], pero algo que es congénito en todos los hombres, constituyendo una disposición general de intensidad variable, que puede ser acentuada por las influencias exteriores. Se trata de raíces innatas del instinto sexual, que, en una serie de casos, se desarrollan hasta constituirse en verdaderos substratos de la actividad sexual (perversión [tendencias anormales]) y otras veces experimentan una represión insuficiente y, dando un rodeo, se apoderan, como síntomas patológicos [enfermizos], de una gran parte de la energía sexual, mientras que en los casos más favorables entre ambos extremos hacen surgir, por una limitación efectiva y una elaboración determinada, la vida sexual normal.¹⁹*

Es decir, la ‘normalidad’ parece debatirse [surgir] entre la ‘perversión’ y los ‘síntomas

¹⁷ **Introducción al psicoanálisis** (1915-7) pp 2400-1

¹⁸ Importancia de este dato para el ejercicio del llamamiento del **Rey eterno**: no basta el ofrecimiento desde el ‘juicio y razón’, tan sólo ‘los que más se querrán **afectar** y señalar...’, harán ‘oblaciones de mayor estima y mayor momento...’ (EE 96-97)

¹⁹ **Tres ensayos para una teoría sexual** (1905) p 1193

patológicos'. Más accidentado no puede presentarse el resultado, que por otro lado se denomina 'normal'. Tienen que darse al parecer, "influencias exteriores" "favorables". ¿Es posible prever las 'desfavorables' para evitarlas? Aquí no se plantea este problema.

Pero veamos una formulación que aparece en una obra escrita el año 1938 (**Compendio del psicoanálisis**) en la que vuelve a describir lo fundamental del proceso: *La organización completa sólo se alcanzará a través de la pubertad, en una cuarta fase, en la fase genital. Se establece así una situación en la cual: 1) se conservan muchas catexias libidinales [tendencias sexuales] anteriores; 2) otras se incorporan a la función sexual como actos preparatorios y coadyuvantes [que ayudan], cuya satisfacción suministra el denominado placer preliminar; 3) otras tendencias son excluidas de la organización, ya sea coartándolas [anulándolas] totalmente (represión) o empleándolas de una manera distinta en el yo, formando rasgos del carácter o experimentando sublimaciones con desplazamiento de sus fines.*²⁰

Aquí, como vemos, denomina a esta 'cuarta' fase, "fase genital" porque todo gira en torno a la función reproductora, y las tendencias que han sido excluidas es porque han entrado a formar parte del 'carácter', o han sido sublimadas con fines ajenos a la reproducción en cuanto tal. Ahora bien, este proceso no puede ni programarse [reglamentarse] ni asegurarse su resultado. Lo que sí es verdad es que la educación ha de estar presente. [24]

[c] – Pretensión del psicoanálisis [4-6] (Ya visto) y necesidad de la educación [18-24]

Un instinto llamado a trascenderse (principio de realidad): necesidad de una educación

En una palabra, ese autoerotismo de nuestra infancia necesita una "educación" que lleve a cabo esa irrenunciable "labor de limitarlo", si queremos que su desarrollo sea correcto y se abra a esa trascendencia que lo descentra [que no quede encerrado en sí mismo, no pudiendo ver otra cosa que su ombligo], pasando "del autoerotismo al amor a un objeto [persona], y de la autonomía de las zonas erógenas a la subordinación de las mismas, a la primacía de los genitales, puestos al servicio de la reproducción". De quedar encerrado en sí mismo, a darse ("amor a un objeto [persona]") y, lo que es importantísimo, abrirse a la responsabilidad ("al servicio de la reproducción"). Y esto en lo que se refiere estrictamente al instinto sexual en cuanto tal, no a aquellos instintos parciales que nos ha dicho antes que están llamados a sublimarse y que de no hacerlo se imposibilitaría la cultura.

Pero la educabilidad de nuestra sexualidad no siempre es la misma. He aquí la advertencia que hace en **Introducción al psicoanálisis** a este respecto: *...el individuo deja de ser accesible a la educación, precisamente en el momento en que sus necesidades sexuales alcanzan su intensidad definitiva. Los educadores conocen ya esta circunstancia, y es quizá de esperar que los resultados del psicoanálisis les muevan a desplazar la más intensa presión educadora sobre la época en que realmente puede resultar eficaz; esto es, sobre la primera infancia. El sujeto infantil llega a su completa formación a la edad de cuatro o cinco años, y en adelante se limita a manifestar lo adquirido hasta dicha edad.*²¹

He destacado con negrita lo que me resulta más sugerente. ¿Tiene razón **Freud**, o tenemos nosotros, con todos nuestros conocimientos 'científicos', observaciones de mayor alcance?

²⁰ **Compendio del psicoanálisis** (1938) p 3386

²¹ **Introducción al psicoanálisis** (1915-17) p 2344

Personalmente lo dudo, y creo que tienen más alcance las observaciones hechas hace un siglo por este hombre, que nuestras simplezas cuyo único resultado es la permanencia en el ‘principio del placer’, único horizonte que una sociedad hedonista [que sólo busca disfrutar, pasarlo bien] como la nuestra entiende.

Y en este contexto podemos recoger algunas observaciones que hace en su trabajo **Contribuciones al simposio sobre la masturbación**. En él alude a tres daños que la masturbación en cuanto tal puede generar en la persona: uno de tipo orgánico (*frecuencia desmesurada* junto a una *insuficiente satisfacción obtenida*), otro de alcance psíquico (*al no existir la necesidad de modificar el mundo exterior para satisfacer una profunda necesidad*.) Sin embargo, todo puede tener su contrapartida, y *en los casos en que se desarrolla una amplia reacción contra este prototipo, queda abierto el camino al florecimiento de las más valiosas cualidades de carácter*. Por último por la posibilidad de la fijación de fines sexuales infantiles y de la permanencia en el infantilismo psíquico. *Con ello está dada la predisposición a la neurosis*. En vez de posibilitar un acceso a la realidad, considerando a la masturbación *como ejecutora de la fantasía, de ese reino intermedio que se ha intercalado entre la vida ajustada al principio del placer y la gobernada por el principio de la realidad; recordemos cómo la masturbación permite realizar, en la fantasía, desarrollos y sublimaciones sexuales que no representan progresos, sino sólo nocivas formaciones transaccionales*.²²

Es decir, la masturbación, como fenómeno de ‘autoerotismo’, no pasa de ser una fijación que puede impedir nuestro acceso a la realidad, acceso que no puede darse en la medida en que no necesita salir de sus propias ‘posibilidades’, y por tanto no es capaz de trascenderse.

Pero veamos cómo un año antes nos describía este problema del autoerotismo enmarcado en ese trascendental paso que toda persona ha de llevar a cabo en su vida: el paso del ‘principio del placer’ al ‘principio de realidad’. *La sustitución del principio del placer por el principio de la realidad, con todas sus consecuencias psíquicas, expuesta aquí esquemáticamente en una única fórmula, no se desarrolla en realidad de una vez, ni tampoco simultáneamente en toda la línea, y mientras los instintos del yo van sufriendo esta evolución, se separan de ellos los instintos sexuales. Estos instintos observan al principio una conducta autoerótica, encuentran su satisfacción en el cuerpo mismo del sujeto, y de este modo no llegan nunca a sufrir la privación impuesta por la instauración del principio de la realidad. Cuando más tarde se inicia en ellos el proceso de la elección de objeto, no tarda en quedar interrumpido por el período de latencia, que retrasa hasta la pubertad el desarrollo sexual. Estos dos factores, autoerotismo y período de latencia, provocan un estacionamiento del desarrollo psíquico del instinto sexual y lo retienen aún por mucho tiempo bajo el dominio del principio del placer, al cual no logra sustraerse nunca en muchos individuos*.

A consecuencia de todo esto se establece una relación más estrecha entre el instinto sexual y la fantasía, por un lado, y los instintos del yo y las actividades de la consciencia, por otro.

En consecuencia, uno de los elementos esenciales de la disposición psíquica a la neurosis es engendrado por el retraso en educar al instinto sexual en el respeto a la realidad y por las condiciones que han permitido tal retraso.²³

Son varios los datos que aquí nos proporciona y que complican el proceso: el ‘principio de realidad’ que ha de sustituir al ‘principio del placer’, parece ser que no se lleva a cabo por igual en todas las instancias de la persona: mientras los “instintos del yo sufren esta evolución”, los

²² **Contribuciones al simposio sobre la masturbación** (1912) p 1707

²³ **Los dos principios del funcionamiento mental** (1910-1) p 1640

“instintos sexuales” se sustraen [se quedan fuera] a ella. Esto es posible porque “encuentran su satisfacción en el cuerpo mismo del sujeto” (el ‘autoerotismo’), no necesitando para nada la realidad. Más aún, a continuación viene otro acontecimiento peculiar de la sexualidad humana (al que ya hemos aludido) y que va a tener un gran alcance: el “periodo de latencia”. Ambos fenómenos (autoerotismo y periodo de latencia) “provocan un estancamiento del desarrollo **psíquico** del instinto sexual”. Este ‘estancamiento’ está motivado por seguir “bajo el dominio del principio del placer”, el más primitivo, que rige nuestra infancia, con la penosa constatación [la triste comprobación] de que en muchos individuos esta primacía seguirá imponiéndose. Sólo al llegar la pubertad, con la necesidad de ‘la elección de objeto’ va a culminar el desarrollo sexual.

Pero añade dos observaciones que conviene retener: la relación estrecha entre ‘instinto sexual’ y ‘fantasía’ por un lado, de ‘instintos del yo’ y ‘consciencia’ por otro, es decir, una que tiende a bastarse a sí misma (la fantasía: en sí lo encuentra todo) y los otros llamados a hacerse cargo de la realidad; pero la segunda observación no es menos sugerente: nuestro psiquismo puede desembocar en la neurosis [una enfermedad que hay que ir al psiquiatra] si se produce un “retraso en educar el instinto sexual en el respeto a la realidad”. La salud psíquica está en razón directa de la capacidad que tengamos de acceder a la realidad: cuando vivo un mundo que yo me he fabricado, ya no hay solución (si me creo que soy Napoleón, no hay nada que hacer). Pues una sexualidad que no es capaz de acceder a la realidad (¡respetarla!, dice Freud), está abocada a la neurosis. Es decir, un psiquismo sano necesita una sexualidad educada en el ‘respeto a la realidad’.

Distinguir entre sexualidad infantil (comienzo) y la normal o perversa (resultado)

Hay, pues, que distinguir por un lado lo que es la ‘sexualidad infantil’, punto de arranque para todos, y el resultado de su evolución que puede terminar en una sexualidad ‘normal’ o ‘perversa’. En **Introducción al Psicoanálisis** (1915-1917) nos formula esta distinción en dos ocasiones. La primera para subrayar en qué coinciden la sexualidad normal y perversa: *Desde este punto de vista no existe entre la sexualidad normal y la perversa otra diferencia que la de las tendencias parciales respectivamente dominantes, diferencia que trae consigo la de los fines sexuales. Puede decirse que en una como en otra existe una tiranía bien organizada, siendo únicamente distinto el partido que la ejerce. Por el contrario, la sexualidad infantil, considerada en conjunto, no presenta ni centralización ni organización, pues todas las tendencias parciales gozan de iguales derechos y cada una busca el goce por su propia cuenta.*²⁴

Es decir, lo característico de la sexualidad infantil es que carece de cualquier tipo de ‘centralización’ u ‘organización’, siendo un conjunto de ‘tendencias parciales’ cada una de las cuales goza ‘por su propia cuenta’. Es un conjunto de parcialidades autónomas.

En la segunda, nos dice lo mismo empezando por describir en qué consiste la ‘organización’ de la sexualidad ‘normal’, para recordarnos que ‘al principio, la vida sexual presenta una total incoherencia’: *El punto máximo de este desarrollo se halla constituido por la subordinación de todas las tendencias sexuales parciales bajo la primacía de los órganos genitales; esto es, por la sumisión de la sexualidad a la función procreadora. Al principio, la vida sexual presenta una total incoherencia, hallándose compuesta de un gran número de tendencias parciales que ejercen su actividad independientemente unas de otras en busca del placer local procurado por los órganos.*²⁵

²⁴ **Introducción al Psicoanálisis** (1915-1917) p 2324

²⁵ **Introducción al psicoanálisis** (1915-7) p 2327

Podríamos deducir, después de todo lo dicho, que el reto de trascenderse [la apuesta de hacernos salir de nuestro yo-cuerpo] que parece ser tiene la sexualidad humana, sólo es posible una vez que se ha ‘organizado’ y es capaz de tener una finalidad que la desborda, mientras que antes, cada parcialidad se agota en sí misma. Esta superación de la sexualidad infantil no parece estar resuelta de antemano.

Diez años después, en **Psicoanálisis y medicina** (1926), vuelve a abordar el problema, reconociendo que *los impulsos sexuales del sujeto infantil encuentran su expresión principal en la autosatisfacción por medio del estímulo de los propios genitales*. Y se pregunta *¿cómo hemos de conducirnos con respecto a la actividad sexual de la temprana infancia?*, para dejarnos una vez más ante la perplejidad: *Conocemos la responsabilidad que supone yugularla, y tampoco nos decidimos a dejarla (la actividad sexual infantil) en completa libertad. En los pueblos de civilización más baja y en las capas inferiores de los civilizados no parece ponerse obstáculo ninguno a la sexualidad infantil. Con ello se consigue, desde luego, una fuerte protección contra la posterior adquisición por el adulto de neurosis individuales, pero quizá también una extraordinaria pérdida de capacidad para rendimientos sociales.*²⁶

Otra vez la interacción entre sexualidad y rendimiento social. Es como si la sexualidad abandonada sin más a la ‘autosatisfacción’ se agotase en sí misma. Pero, cómo ‘yugular’ esa primera manifestación, ya que, aunque la ‘completa libertad’ no es solución, su yugulación puede desembocar en neurosis. El problema lo deja planteado nada más. Volveremos sobre ello.

La educación como tarea posibilitadora [debe sacar lo mejor de la persona].

Parece, pues, evidente, que esa tarea que todo hombre tiene de dominar sus instintos inservibles, tarea nada fácil, lleva a **Freud** a dar al educador una seria advertencia. Este dominio no es tan sencillo: aquello que es inservible y está llamado a quedar eliminado, hay que hacerlo con tacto. Veamos lo que dice en **Múltiple interés del psicoanálisis** (1913): *Cuán valiosas aportaciones proporcionan estos instintos perversos y asociales del niño a la formación del carácter cuando no sucumben a la represión, sino que son desviados por medio del proceso llamado sublimación, de sus fines primitivos y dirigidos hacia otros más valiosos. Nuestras mejores virtudes han nacido, en calidad de reacciones y sublimaciones, sobre el terreno de las peores disposiciones.*

*La educación debería guardarse cuidadosamente de cegar estas preciosas fuentes de energía y limitarse a impulsar aquellos procesos por medio de los cuales son dirigidas tales energías por buenos caminos. Una educación basada en los conocimientos psicoanalíticos puede constituir la mejor profilaxia [prevención] individual de las neurosis.*²⁷

La advertencia tiene su alcance y nos hace tomar conciencia de la posibilidad que nuestra sexualidad ‘plástica’ tiene de poder dar un contenido ‘no sexual’ a nuestra libido (la **sublimación**, que después trataremos expresamente). Asigna, pues, aquí una tarea posibilitadora (no ‘cegador’) para que sea el propio sujeto el que dirija “tales energías por buenos caminos”, “hacia otros [**fines**] más valiosos”, ya que “nuestras mejores virtudes han nacido en calidad de reacciones y sublimaciones sobre el terreno de las peores disposiciones”. He destacado en negrita la palabra ‘fines’, porque parece que esta tarea de suscitar ‘reacciones’ o ‘sublimaciones’, sería imposible sin proponerse ‘fines’ y que éstos se perciban como ‘valiosos’. Lo valioso no se impone, se incorpora

²⁶ **Psicoanálisis y medicina** (1926) pp 2931-2,

²⁷ **Múltiple interés del psicoanálisis** (1913) pp 1866-7

pretendiéndolo [cuando descubro que algo 'me merece la pena', lo busco y lucho por eso]. Es decir, la meta de la evolución de la sexualidad infantil (“polimórficamente perversa” como él la denomina [tiene muchas manifestaciones, todas ellas inservibles]), es que adquiera una ‘centralidad’, una ‘organización’ capaz de orientarse. Esto no es posible en el vacío, en la ‘indeterminación’, sino debe tener un **fin** en torno al cual se organice o centralice [sólo sabiendo lo que quiero puedo organizar mi vida]. Pero veamos cómo a lo largo de su obra se van sucediendo las alusiones a este paso irrenunciable de lo más primitivo desestructurado [desorganizado] a la estructuración [a estar cada cosa en su sitio]. Puede resultarnos interesante recoger estas formulaciones que pretenden decir lo mismo, pues pueden ofrecernos matices [detalles] que aclaren algo de suyo tan complejo [complicado].

En efecto, en **Mis opiniones acerca del rol de la sexualidad en la etiología de la neurosis** (1905) describe este paso de la siguiente forma: *La disposición sexual constitucional del niño es mucho más compuesta de lo que podía sospecharse, debiendo ser considerada como «polimórficamente perversa», y que de esta disposición nace, por medio de la represión de determinados componentes, la conducta llamada normal de la función sexual.*

*La normalidad resultaba de la represión de ciertos instintos parciales y determinados componentes de las disposiciones infantiles y de la subordinación de los demás a la primacía de las zonas genitales en servicio de la reproducción.*²⁸ Hay, pues, una ‘conducta llamada normal’ que apunta a una estructura en la que todo esté subordinado “a la primacía de las zonas genitales en servicio de la reproducción”.

B. Experiencias-vivencias de este proceso:

[a] – Consiste en pasar del principio del placer al principio de realidad, del autoerotismo al amor. [6-10, 26 y 55-59]

Y empecemos nuestra confrontación por **Julián Marías**, con una imagen sugerente para entender este proceso que en definitiva consiste en el paso del ‘autoerotismo al amor’:

- La condición amorosa es una *instalación* de la vida humana, con más rigor una determinación de la instalación humana, que es siempre unitaria, como lo es la operación en que la vida consiste [la vida la experimentamos como algo único: cuando una de las cosas que tienen que ver con nuestra vida no funciona como debía, **estamos fastidiados**]. Pero ahora hay que recurrir al otro concepto complementario: el de *vector*. La vida humana supone una estructura vectorial [tiene que apuntar a algo, tiene que tener un 'norte'], y por eso sus contenidos tienen intensidad y orientación o, dicho en términos más inmediatamente biográficos [tienen que ver con mi vida concreta], importancia y significación o sentido. Las cosas, como vimos antes, me “llevan” según su importancia, y en un sentido determinado por su significación en mi vida [yo quiero conseguir algo en la vida]. La necesidad personal es *vectorial*: yo necesito a una persona con una intensidad tal y con una “inclinación” u orientación muy precisa...²⁹

En efecto, si algo expresa la vectorialidad es dinámica [movimiento] y dirección: “yo necesito a una persona con una intensidad y con una ‘inclinación’ u orientación”. La persona si no tiene una dimensión unitaria es que no ha llegado a ser tal y carecerá de un sentido, limitándose a un conjunto de ‘tendencias parciales’ sin ‘centro de gravedad’, nos decía Lipovetsky. Pues bien, este ‘sentido’ consistirá en ese paso del ‘autoerotismo’ al ‘amor’ que me abre a la otra persona. Y a continuación ilustra esta imagen del vector con un texto de san Agustín:

²⁸ **Mis opiniones acerca del rol de la sexualidad en la etiología de la neurosis** (1905) pp 1241-2

²⁹ **Julián Marías, Antropología metafísica**, Alianza editorial, p 164

- San Agustín (**Confesiones, XIII, 9**) dice agudamente: *Pondus meum amor meus; eo feror, quocumque feror* (“Mi amor es mi peso; por él soy llevado adondequiera que soy llevado”). La imagen del peso viene en san Agustín de su idea de “lugar” natural de cada cosa y del ideal del “reposo”: *requies nostra locus noster*, “nuestro descanso es nuestro lugar”; y esto lleva a pensar en el peso del cuerpo; pero inmediatamente supera esa interpretación inercial: *habeas pondere suo nititur ad locum suum; pondus non ad ima tantum est, sed ad locum suum* (“el cuerpo por su peso tiende a su lugar; pero el peso no es sólo hacia abajo, sino hacia su lugar”). La intuición de san Agustín no está muy lejos de la idea de vector: el amor es el peso que nos *lleva* a uno u otro lugar, en una u otra dirección.³⁰

‘Mi amor’ como ‘mi peso’, idea sugerente, porque si algo engloba [encierra] nuestra totalidad ‘corpórea’ es el peso. Pues esa ‘globalización’ busca ‘su lugar’. Y una ‘dirección’ no arbitraria: es ‘mi amor’. De ahí la dimensión ‘vectorial’ que es incompatible con la dispersión (es *hacia* un lugar preciso) y con el estancamiento (el ‘vector’ que *se para* es la flecha clavada que deja de ser ‘vectorial’ o, dicho de otra forma, que alcanzó la ‘meta’), sino con algo que me dinamiza [mueve] continuamente. En efecto, el amor descrito como ‘vector’ es puro dinamismo que me da sentido, no logro que me sacie [como cuando acabo de comer estoy harto]. Es decir, no es comparable con ninguna otra dinámica que pueda encerrar de alguna manera una meta alcanzable (¿consumible?) [es algo que no está llamado a hartarme].

Y puede darnos luz volver a confrontar este epígrafe [apartado] con la obra de **P. Bruckner**. En esa carrera desesperada y compulsiva hacia la felicidad hay una idea que cobra especial relieve: la del ‘progreso’. Si algo puede sugerir la ‘vectorialidad’ es la de progreso. Pero veamos el enfoque de nuestro autor:

- Puede que, en este aspecto, la idea de progreso entrañe cierta sabiduría, al reconocer de modo tácito que el instante presente no agota todos los atractivos posibles. La sospecha de que si el Paraíso descendiera sobre la tierra nos procuraría, quizás, una eternidad de aburrimiento, el tácito deseo de no ver jamás completamente realizados nuestros anhelos para no llevarnos una decepción, explican también la seducción del progreso: una posibilidad concedida al tiempo para que haga madurar nuevos placeres y renueve los antiguos.³¹

En efecto, el progreso mira hacia delante y no se agota en un presente que suprimiría cualquier vectorialidad. Ahora bien, al relacionar el amor con la imagen del vector, la libera de la experiencia de ‘satisfacción’ que desembocaría en ‘una eternidad de aburrimiento’. No olvidemos que el vector deja de serlo cuando se le supone una meta consumible. El paso que Freud sugiere del ‘autoerotismo’ al ‘aloeerotismo’, es precisamente la superación de un principio del placer que se agota en un presente abarcable [que se puede consumir y dejarme harto] que nos asfixia y aburre. El progreso podemos considerarlo una ‘seducción’ si lo limitamos al papel que Bruckner le asigna (‘madurar nuevos placeres y renueve los antiguos’), pero si le asignamos el papel de convertir nuestra experiencia en algo ‘vectorial’, no sería algo meramente ‘seductor’ sino dinamizador, que no es lo mismo. Lo consumible no dinamiza sino harta y termina frustrando.

Pero la alusión a la ‘eternidad de aburrimiento’, creo que hay que recogerla, pues la amenaza de dicha vivencia no procede de la ‘eternidad’, sino que nuestro autor la proyecta, que no es lo mismo. En efecto, hoy día el aburrimiento es un mal endémico [normal, que lo encontramos en todas partes]. Bruckner sin embargo lo convierte en una experiencia permanente en el ser humano, relacionándolo con la *acedía* a la que aluden ya los monjes del desierto. Pero veamos la cita:

- La vida monástica, con su horario minucioso, sus largas horas reservadas a la oración y a la

³⁰ **Ibidem**, p 164

³¹ **P. Bruckner, La euforia perpetua**, Tusquets, Barcelona 2001, p. 44.

meditación, es la que mejor prefigura la experiencia profana del tiempo que conocemos en nuestra época... Cuando vive en la fe cada hora es preciosa, porque puede dedicarla toda entera a la gloria de Dios. Pero si duda o flaquea, le invade la *acedía* (del griego *akedia*, que significa indiferencia y tristeza), esa terrible enfermedad de los ascetas que los apartaba del Señor y los llenaba de aflicción. Es el hastío de alguien que ha dedicado su vida a la oración y al que la oración cansa, que pierde de pronto el interés por su salvación; un mal terrible contra el que la Iglesia se ha confesado impotente:

"Cuando esta pasión se adueña del alma de un monje, engendra en él horror por el lugar en el que vive, repugnancia por su celda, desprecio hacia los hermanos que viven con él o los que están lejos y a quienes considera negligentes o poco espirituales. Una pasión que le vuelve débil y le arrebató el ánimo para todos los trabajos que ha de hacer dentro de su celda, impidiéndole quedarse en ella y dedicarse a la lectura. [...] Al final, cree que su salvación peligra si sigue en un lugar como éste, si no huye de allí de inmediato, y abandona la celda con la que se vería condenado a perecer si se quedara en ella" (San Juan Casiano).

En resumen, en estas soledades donde sólo deberían reinar el fervor y el recogimiento, el hastío introduce el mal humor [...]. Si no tiene "el valor de soportar la duración" (V. Jankelevich), el monje sufre una especie de putrefacción interna. Por eso hay que mantenerlo ocupado día y noche, cuadrangular su espacio mental, taponar los agujeros de los tiempos muertos, agobiarlo con diversas tareas, obligatorias a la par que inútiles.³²

Merece la pena pararse en esta aportación. Pisar terrenos que uno no conoce puede ser en muchos aspectos temerario. Hacer equivalente a nuestros aburrimientos una experiencia tan compleja como la 'prueba' que puede sufrir el monje, lo mismo que describir como antídoto para 'taponar los agujeros de los tiempos muertos', 'cuadrangular su espacio mental' es, al menos, arriesgado. Por lo pronto la 'acedía' no es fruto de una fe que 'duda o flaquea', sino algo que hace su aparición en el creyente convencido, más aún, que se cuenta con ello. Es una 'tentación' que la persona tendrá que afrontar. Si nos remitimos a san Ignacio, el término 'desolación' es algo que no sólo hay que afrontar, sino que ha de servir para crecer (EE 322). Pues bien, para nuestro autor es algo equiparable a nuestro hastío cuya única solución es 'agobiar' al monje con 'tareas inútiles'. ¡No hay cosa que más hastío [aburrimiento] produzca que estar agobiado por cosas inútiles! Lo 'inútil' no taponó nada...

Qué duda cabe que el hastío es algo que el ser humano de todos los tiempos ha podido experimentar y que hoy día está mucho más presente en nuestros ambientes que hace años, cuando la tarea irrenunciable de 'buscarse la vida' no era fácil y no dejaba espacio para el aburrimiento ni para el hastío. Pero, sin más, compararlo con la *acedía* me resulta un tanto precipitado. Más sugerente es la frase de Jankelevich: el problema estaría en que uno "no tenga el valor de soportar la duración". En efecto, esta formulación tiene más que ver con la imagen del 'vector' y, posiblemente, lo más adecuado para 'soportar la duración', no sean las 'tareas inútiles', sino que hay que tener 'valor', y éste ha de apoyarse en contenidos que nos dinamicen (que nos den una 'vectorialidad'), no 'tapa-agujeros'.

Pero sigamos con nuestra confrontación, y frente a este reto de pasar de la infancia a la pubertad-adulthood (que Freud no duda en definirlo como el paso del 'autoerotismo al aloterotismo'), **Bruckner** describe, con la precisión que le caracteriza, la solución que el hombre de hoy ha

³² *Ibidem*, pp. 88-89

encontrado (“la utopía del *fun* -el ‘buen rollo’-”):

- Pariante lejano de la flema británica, primo carnal del *cool*, el *fun*, esa palabra anglosajona surgida del universo del ocio y de la infancia, no es una moral de la diversión y todavía menos del desorden en todos los sentidos. Al contrario, constituye un sistema de selección que permite aislar, en el seno de la vida ordinaria, un puro núcleo de placer, ni demasiado fuerte ni demasiado débil, que no tiene consecuencias negativas y nos impulsa hacia un universo de sensaciones agradables. Todo puede convertirse en *fun*, es decir, en objeto de una ligera efervescencia, tanto el sexo como la castidad, una boda o un viaje, una religión o una afiliación política, siempre que uno no ponga en ello un gran ardor. El *fun* es una disciplina de tamizado que levanta discretas murallas, instaura un ambiente aséptico en el que disfrutamos del mundo sin concederle el derecho a herirnos o castigarnos. Una discreta disidencia que rechaza tanto la histeria de la vida intensa como la de la agitación, y que sólo concibe la diversión filtrada, una vez interpuesto, entre nosotros y las cosas, un cojín que nos proteja de las asperezas...

... Es el sueño del hombre liberado que suelta lastre y da más importancia a la sensación que a la experiencia, al rozamiento que al enraizamiento. La densidad de lo real [lo duro de la vida] sólo se tiene en cuenta para eludirla [darle la espalda]. Y del mismo modo que ahora, gracias a las técnicas virtuales, podemos cantar a dúo con Elvis o actuar en una película de Bogart, el *fun* nos sume en el hechizo de un cuento de hadas: el deseo supera todas las pruebas y consigue sin esfuerzo la satisfacción. El universo pierde su aspereza, se reduce a una superficie, a formas, a imágenes. Por lo tanto se puede intentar todo, siempre que nada tenga importancia. Así es el *fun*: una utopía de ligereza total [un ideal sin nada serio] que permite todos los placeres y esquiva todas las desgracias. La vida se convierte en un juego por el que no hay que pagar ningún precio [que nada cueste nada, que nada sea costoso].³³

¿Tiene esto que ver con lo que nos ocupa, el paso del ‘principio del placer’ al ‘principio de realidad’? ¿No da la impresión de que todas estas búsquedas quedan estancadas en el ‘principio del placer’? Éste, a lo más que llega, es al mero *fun*, que, como el mismo Bruckner confiesa, está relacionado con el ‘universo del ocio y de la infancia’ y que no pasa de ser ‘un cojín que nos proteja de las asperezas...’ Y por si parece que exageramos, veamos lo que confiesa páginas más adelante:

- Cuando el placer es la única realidad, se confunde con el orden de las cosas y deja de ser placer (lo cual queda demostrado, a otro nivel, por la prostitución, que hace del acto más conmovedor, el abrazo carnal, un comercio o un gesto mecánico). Llega un momento en que todas esas palabras empleadas de manera automática, “pasión”, “deseo”, “placer”, “voluntad de vida soberana”, se transforman en resaca, en cantinela. Igual que hay sacerdotes del placer, hay sacerdotes del mercado o de la revolución, y sus sermones son igual de necios. Pero sobre todo, en la vida hacen falta días de vacío, *hay que conservar a toda costa la densidad irregular de la existencia* [que la vida real no es algo programado y fácil], aunque sólo sea para disfrutar de los contrastes. [...] Aunque hay días que nos alejan del tiempo y hacen que toquemos con las manos una especie de eternidad, no podemos apoyarnos en ellos para inaugurar una era de perfección; muy a nuestro pesar caemos desde lo alto del instante admirable a la duración profana, todavía sin aliento por la felicidad entrevista. No podemos abolir [suprimir] lo cotidiano, aunque a veces lo apartemos a un lado o le inyectemos más intensidad. *La verdadera vida existe pero es intermitente*, un relámpago en la niebla gris que nos deja llenos de emocionada nostalgia. O, más bien, la buena noticia es que no hay “verdadera vida” en el sentido de una verdad única, sino muchas vidas interesantes y posibles.³⁴

La cita es iluminadora, en el sentido de que refleja, una vez más, el estancamiento que supone resistirnos a dar el paso de la infancia a la adolescencia-adulthood que plantea el epígrafe que nos ocupa. ¿De verdad, desde esta ‘vivencia’ se ha planteado siquiera dicho paso, o simplemente pretendemos perpetuar un ‘principio del placer’, que se nos resiste a hacerlo ‘duradero’, y

³³ *Ibidem*, pp. 94-95

³⁴ *Ibidem*, pp. 117-8

decidimos renunciar a cualquier tipo de ‘duración’ para conformarnos con la ‘intermitencia’? Pero esto, ¿puede llenar una vida? ¿No volvería a estar en primer plano la búsqueda de un ‘vector’ que dé contenido a la duración? ¿No es esto lo que plantea el paso del ‘autoerotismo’ al ‘alioerotismo’? Y si no, la alusión, de pasada, a la ‘prostitución’ contrapuesta al ‘acto más conmovedor’: ¿qué puede hacer del ‘abrazo carnal’ algo conmovedor y no meramente ‘mecánico’? Si prescindimos de toda ‘vectorialidad’, ¿no hemos vaciado nuestra vida (en cuanto duración) de argumento? Y esta vectorialidad ¿no es el amor como contrapuesto al autoerotismo? Más aún, ¿no es este amor lo único que puede acceder al ‘principio de realidad’ sin frustración ni añoranzas?

Pero sigamos con nuestra confrontación. Volviendo al tema del terrible ‘aburrimiento’ que convertía la ‘acedía’ en una ‘especie de putrefacción interna’ para el monje, ahora resulta que esa ‘especie de somnolencia del tiempo’ (como lo va a denominar) puede convertirse en ‘preludio de cambios radicales’ y, por el contrario ‘una sociedad donde la diversión continua saturase día y noche nuestros menores deseos sería temible’. Es decir, es confesar, sin darse cuenta, que la propuesta de Freud era verdad: el principio del placer ha de ser sustituido por el principio de realidad:

- Por mucho que les disguste a los cruzados de la incandescencia, no existe una revolución posible contra el aburrimiento: hay fugas, estrategias de derivación, pero el déspota gris resiste obstinadamente porque tiene sus virtudes: nos fulmina pero también nos obliga a emprender algo, nos permite profundizar en los recursos insospechados de la duración. En su torpeza, a veces es preludio de cambios radicales. Sin el aburrimiento, sin esa somnolencia del tiempo en la que las cosas pierden su sabor, ¿quién abriría nunca un libro o se marcharía de su ciudad natal? Una sociedad donde la diversión continua saturase día y noche nuestros menores deseos sería temible.³⁵

En efecto, el principio de realidad no es ‘incandescente’. El problema que nos plantea es qué es lo que posibilita ‘emprender algo’ o ‘profundizar en los recursos insospechados de la duración [del tiempo]’, porque de hecho se dan esas alternativas. Pero volviendo a nuestra búsqueda, ¿es posible eso sin una ‘vectorialidad’?

Veamos cómo en su intento de descubrir las posibilidades que se nos abren cuando renunciamos a la obsesión de la satisfacción completa, nos está confesando su convicción de que estamos llamados a acceder al principio de realidad:

- Frente al sueño pueril de una existencia que alcanzara sin esfuerzo sus más altas metas, hay que afirmar que la excesiva facilidad -cuando se desvanece el atractivo de la resistencia y todo se consigue de inmediato- mata el placer. Para que la satisfacción sea completa hay que caminar al paso del tiempo, madurar poco a poco los proyectos, evitar la precipitación que da al traste con los más bellos impulsos. *No llamemos sufrimiento a lo que sólo es signo de inconclusión* [de no acabado], llamémosle limosna, maravillosa sorpresa, oportunidad de perfeccionarnos [...]. Con cada obstáculo vencido y superado aumenta el valor del objetivo; el cansancio del trabajo puede proporcionar un placer incomparable. El dolor desanima a unos y enardece a otros.³⁶

Una vez más la coincidencia con el planteamiento freudiano. Hay que superar la infancia: ‘frente al sueño infantil...’, porque ‘la excesiva facilidad mata el placer’. ¿No habría que usar otra palabra que no fuera placer? Y cae en la trampa del miedo al lenguaje, a dejar que diga lo que dice y camuflar una realidad áspera a veces [queremos disimular la dureza de la realidad con las palabras: en vez de ‘inválidos’ hay que decir ‘discapacitados’]. ¿Por qué empeñarse en eludir la palabra ‘sufrimiento’ para llamarlo ‘signo de inconclusión’? En efecto, si es ‘oportunidad de perfeccionamiento’ (¡y lo es!), aprovechémosla. Pero para aprovecharla hay que ‘vencer’ y ‘superar’

³⁵ **Ibidem**, p 123

³⁶ **Ibidem**, p 194

obstáculos, pero ¿qué es lo que puede conseguir esta ‘maravillosa sorpresa’?, ¿por qué ‘el dolor desanima a unos y enardece a otros’?... Y es que:

- Por desgracia, no podemos elegir los golpes que nos asesta la vida; la angustia no nos invade a gusto del consumidor, sino que irrumpe como una furia, sobre todo en esa forma moderna e insignificante de la catástrofe que llamamos accidente. La existencia merma cuando la adversidad anónima prima sobre la adversidad libremente consentida, cuando ya no nos atrevemos a arriesgarnos o a acercarnos al borde del precipicio por miedo a tentar a la suerte y a traer sobre nosotros mil desgracias. Si pudiéramos encontrar una razón y un sentido para cada herida, no habría ni tormento ni desolación. Pero no podemos, y por eso el dolor sigue siendo innombrable, atroz: ni nos espabila ni nos enseña nada.³⁷

Eso es precisamente lo que pretende el principio de realidad: que contemos con que la vida nunca va a ser ‘a gusto del consumidor’. Pero esta imposibilidad que nos aboca a veces ‘al borde del precipicio’, ese ‘dolor innombrable [que no encontramos palabra para nombrarlo], atroz’, ¿podemos decir sin más que ‘ni nos espabila, ni nos enseña nada’? Una cosa es que no podamos encontrar ni ‘una razón ni un sentido’, y otra cosa que no pueda convertirse en una sorprendente oportunidad, que sólo después reconoceremos. ¿No ha denominado a lo que llamamos ‘sufrimiento’, ‘oportunidad de perfeccionamiento’?

Pero donde culmina su desconcierto (y yo añadiría que su incongruencia) es de cara al ‘adversario con el que no se puede luchar’ la muerte:

- Todas las creencias son respetables; pero hacer de la muerte una puerta a un mundo mejor, convertir el peor infortunio en la mayor dicha (lo cual es otra forma de negación) es una petición de principio [una contradicción]. Frente a la muerte, decía más modestamente Jankelevich, no hay ni victorias ni derrotas, porque no es un adversario con el que se pueda luchar, sin embargo, nuestros amigos de la Muerte, nuestros hambrientos de moribundos, parecen poseer el viático, la solución de los últimos instantes invariablemente convertidos en *happy end* [un final feliz]. Su profesión de fe oculta un odio a la vida, una espantosa avidez de desgracias, que recuerdan las páginas más negras del cristianismo. ¡Qué extraño empeño en afirmar una y otra vez que el duelo, la pena y las enfermedades incurables enriquecen al hombre! Incluso si esto llega a ser cierto para algunos individuos que lo proclaman a título estrictamente personal.³⁸

Otra vez tengo que decir que siempre es peligroso meterse en terrenos que uno a lo mejor nunca ha pisado. Decir de los cristianos que profesan un ‘odio oculto a la vida’ o ‘amigos o hambrientos de la Muerte’, como si estuviésemos empujando a un ‘suicidio feliz’ como la secta que provocó aquella automatanza en un país sudamericano, me resulta una simpleza (con perdón, y valoro a este autor). El Dios en el que creen los cristianos es “un Dios de vivos y no de muertos”, que se implica en esta aventura que nos desborda, experimentando nuestro miedo a la muerte, y nos sorprende con que la última palabra no la tendrá la muerte. Pero una cosa es abrir a la esperanza, y otra ser amigos de la muerte. ¿Podemos denominar a la madre Teresa una amiga de la Muerte, cuando a la mayoría que acompañaba en el último trance no podía prometerles un *happy end*, pero **permanecía** ante el adversario contra el que no podemos luchar pero sí tenerlo delante (afrontarlo), no darle la espalda? Por otro lado tiene que admitir que a ‘título personal’ pueden darse experiencias ante la pena y las enfermedades en las que la última palabra no la ha tenido la negatividad. Y ¿qué significa la frase “a título personal”? ¿es que puede darse una experiencia humana que no sea ‘a título personal’? ¿Qué es lo que convierte ‘el abrazo carnal’ de ser un ‘comercio’ o algo ‘mecánico’, en un ‘acto conmovedor’, sino que se explicita [que se viva] el alcance personal (de ternura y compromiso) que requiere en cuanto acto humano?

³⁷ **Ibíd.**, p. 197

³⁸ **Ibíd.**, pp 206-7

Lo curioso es que lo que a renglón seguido describe como el gran hallazgo de la realidad que él intenta describirnos, es lo que hace siglos se están planteando los ‘amigos de la Muerte’. En efecto, veamos la actitud que propone para afrontar el dolor y el mal: no difiere del reto que el Evangelio plantea y desde el que se nos juzgará³⁹:

- *Que no todo sea posible no significa que nada esté permitido. Y apenas trazamos la línea divisoria entre la fatalidad insuperable y la injusticia modificable, ya tenemos que cambiarla de sitio. No podemos hacerlo todo, pero podemos intervenir en los ámbitos que dependen de nosotros, aliarnos con la “naturaleza” y luchar contra ella cuando intenta eliminarnos. Ésta es la actitud pragmática de nuestras sociedades, que a falta de poseer la clave de la angustia humana, proceden a toda clase de bricolajes terapéuticos y solidaridades momentáneas, combinando así la humildad y la determinación. Somos libres de aflojar nuestros lazos, pero no de librarnos de ellos para siempre, y sólo fijamos límites para extralimitarnos mejor. [...] Esta guerra prende tantos focos como apaga. [...] Lo que estamos descubriendo ahora, con torpeza y dando palos de ciego, es un arte de vivir que abarque la comprensión de la adversidad sin caer en el abismo de la renuncia, un arte de la resistencia que nos permita vivir con el sufrimiento y contra él.⁴⁰*

Lo que habría que preguntarse es si las meras ‘solidaridades momentáneas’ dan respuesta a esta lucha sin cuartel. La frase final de la cita (“un arte de la resistencia que nos permita vivir con el sufrimiento y contra él”), coincide con el programa de la fe cristiana, que, por definición es encarnada. Lo que él reducía a algo meramente evasivo cuyo sentido sólo venía después (de la ‘otra vida’), resulta que nos lo jugamos ‘aquí’: en ese compromiso de lucha contra el dolor ‘en el aquí’, nos abrimos ‘al más allá’, pero no ‘momentáneamente’, ni con ‘intermitencia’, sino desde una permanencia que podemos describir como **vectorial**, con un sentido, que se expresa en la vivencia del amor.

Sin embargo, hay que reconocer que las ‘incoherencias’ que en algún momento he podido detectar, quedan eliminadas en la cita siguiente:

- La felicidad no puede convertirse en el fin último de las sociedades humanas ni en el fundamento de la acción. Hay que subordinarla, como el sufrimiento, a la libertad. No podemos basar ni una moral, ni una política ni un proyecto en esos momentos de acuerdo consigo mismo y de armonía con la naturaleza, esas luminosas páginas que transfiguran nuestra existencia. Si hay que enseñar a los hombres a que resistan a sus inclinaciones, es porque no todos los fines son compatibles y hay que jerarquizarlos, excluyendo algunos que sin duda apreciamos. Hay circunstancias en que la libertad puede ser más importante que la felicidad, o el sacrificio más importante que la tranquilidad.⁴¹

La cita es espléndida y pone el dedo en la llaga. ¡Por ahí podía haber empezado! En efecto, si ponemos como ‘fin último’ la felicidad, nos metemos en un callejón sin salida. Volviendo al epígrafe que nos ocupa, dicho planteamiento supondría admitir que el ‘principio del placer’ puede seguir rigiendo nuestra vida. Pero ciertamente sigue siendo correcto el planteamiento de Freud: ha de ser sustituido por el ‘principio de realidad’. Ahora bien, esta realidad, al no estar programados, tendremos que afrontarla desde la libertad, no desde el ‘estímulo-respuesta’ (lo cual sería volver al ‘principio del placer’). Este ‘hacernos cargo de la realidad’ desde nuestra libertad, llevará consigo, a veces, el sacrificio, palabra ‘maldita’ en una cultura regresiva [que nos ha hecho niños] como la que nos rodea. Todo esto supone una ‘jerarquización’, o dicho con la terminología de Julián Marías; un **vector**, cuya raíz profunda, es nuestra ‘instalación sexuada’. Por eso, en definitiva, es pasar del ‘autoerotismo’ al amor

Confrontemos ahora nuestro epígrafe con **Ortega y Gasset**, que nos describe allá por los

³⁹ Mt 25, 35-40 no dice ‘tuve hambre y vinisteis a ayunar conmigo’ sino “me disteis de comer”.

⁴⁰ P. Bruckner, *La euforia perpetua*, Tusquets, Barcelona 2001, pp 207-9

⁴¹ *Ibidem*, p 215

años 30 un “hombre-masa” que sólo tiene ‘apetitos y derechos’:

- Triunfa hoy sobre todo el área continental una forma de homogeneidad que amenaza consumir por completo aquel tesoro. Dondequiera ha surgido el hombre-masa de que este volumen se ocupa, un tipo de hombre hecho de prisa, montado nada más que sobre unas cuantas y pobres abstracciones y que, por lo mismo, es idéntico de un cabo de Europa al otro. A él se debe el triste aspecto de asfixiante monotonía que va tomando la vida en todo el continente. Este hombre-masa es el hombre previamente vaciado de su propia historia, sin entrañas de pasado y, por lo mismo, dócil a todas las disciplinas llamadas “internacionales”. Más que un hombre, es sólo un caparazón de hombre constituido por *idola fori* [vivir deslumbrados por lo de fuera, lo que se me ofrece]; carece de un “dentro”, de una intimidad suya, inexorable e inalienable, de un *yo* que no se pueda revocar. De aquí que esté siempre en disponibilidad para fingir ser cualquier cosa [porque no sabe lo que quiere]. Tiene sólo apetitos, cree que tiene sólo derechos y no cree que tiene obligaciones. Es el hombre sin la nobleza que obliga *-sine nobilitate-*, *snob*.⁴²

Esto ya lo intuía en los años 30, ¿qué constatamos nosotros en nuestro siglo XXI? Como indiqué al presentar la cita, conviene resaltar que un ser humano (sea en el siglo pasado o en el presente), que “tiene sólo apetitos, cree que tiene sólo derechos y no cree que tiene obligaciones”, no ha salido del ‘autoerotismo’. No puede hacerse cargo de la realidad, porque ‘carece de un “dentro”, de un yo’ capaz de responsabilizarse, sino tan sólo puede apetecer, ‘consumir’...

Pero veamos cómo analiza esta situación a la que ha llegado el ‘hombre-masa’:

- Mi tesis es, pues, esta: la perfección misma con que el siglo XIX ha dado una organización a ciertos órdenes de la vida, es origen de que las masas beneficiarias no la consideren como organización [algo que ha habido que hacer con trabajo y esfuerzo], sino como naturaleza [como algo con lo que nacemos y podemos contar con ello]. Así se explica y define el absurdo estado de ánimo que estas masas revelan: no les preocupa más que su bienestar, y, al mismo tiempo, son insolidarias de las causas de ese bienestar. Como no ven en las ventajas de la civilización un invento y construcción prodigiosos, que sólo con grandes esfuerzos y cautelas se pueden sostener, creen que su papel se reduce a exigirlos perentoriamente [enérgicamente], cual si fuesen derechos nativos. En los motines que la escasez provoca suelen las masas populares buscar pan, y el medio que emplean suele ser destruir las panaderías. Esto puede servir como símbolo del comportamiento que, en más vastas y sutiles proporciones, usan las masas actuales frente a la civilización que las nutre.⁴³

Un ser humano que se ha encontrado con unos logros insospechados (en mi niñez nunca hubiese podido imaginar lo que ahora tengo a mi alcance), no los considera como fruto de la tenacidad y el esfuerzo de generaciones, sino que los ‘dan por supuesto’, como si fuesen bienes ‘de naturaleza’. De ahí a exigirlos, sólo hay un paso que todos damos con la mayor naturalidad: ‘no les preocupa más que su bienestar’ y ‘creen que su papel se reduce a exigirlos perentoriamente, cual si fuesen derechos nativos’. Es el ‘niño mimado’ al que aludía en otro momento. Es la instalación en sí mismo, (la ‘instalación’ humana ¿no era *disyuntiva* en cuanto sexuada?), considerándose, en sentido estricto, como ‘**sujeto de derechos**’. Como el mismo Ortega dice a propósito de ‘la vida pública’:

- ... ha perdido el uso de la audición. ¿Para qué oír, si ya tiene dentro cuanto falta? Ya no es sazón [momento] de escuchar, sino, al contrario, de juzgar, de sentenciar, de decidir. No hay cuestión de vida pública donde no intervenga, ciego y sordo como es, imponiendo sus “opiniones”.⁴⁴

Lo único que hay que cambiar en este diagnóstico es que él lo aplica a ‘la vida pública’, de la que por desgracia ‘pasamos’. Pero en todo lo demás hemos alcanzado una especie de ‘Ilustración enlatada’ [nos lo sabemos todo y podemos opinar de todo], gracias a una técnica sorprendente: el

⁴² José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Ed. Austral, pp 49-50

⁴³ *Ibidem*, p 114

⁴⁴ *Ibidem*, p 124

acceso a cualquier ‘conocimiento’ a través de internet nos da una suficiencia ridícula, pero peligrosa, pues ningún conocimiento es nuestro, y estamos a merced de lo ‘correcto’ de turno.

¿Y a qué viene todo esto? ¿No nos hemos salido de lo que pretendíamos confrontar? Si lo que intentamos contrastar es el proceso de nuestra sexualidad (¡en la que estamos instalados!) que está llamada a pasar del ‘autoerotismo’ al ‘aloerotismo’, ¿qué tiene que ver tal proceso con esta postura que nos pinta Ortega del ‘hombre-masa’ y que nosotros creemos que hoy día vivimos desde otras coordenadas? Pues sencillamente, que si este paso no se da (de pasar de considerarme un **sujeto de derechos** -yo el centro: autoerotismo-, a **sujeto de deberes** -dejar de ser el centro: aloerotismo, amor-), ¿se puede decir que nuestro acceso al principio de realidad es el correcto?

El ‘aloerotismo’ es nada menos que la experiencia de incompletez [que nos falta algo] que nos abre al otro sexo, y que impregna nuestra búsqueda de una fuerza que no posee ninguna otra dinámica en nuestro ser. Pero si seguimos viviendo nuestra sexualidad desde el ‘autoerotismo’ (“principio del placer”), no se producirá ese enérgico descentramiento que supone el paso a la adolescencia. Seguiremos instalados en nuestro yo como único referente. Esto puede, sin más, justificar la autosuficiencia ridícula que denuncia Ortega, o en esa ‘felicidad-tranquilidad’ *fun* que describía Bruckner, en la que la libertad y el sacrificio no tienen cabida, **¡como tampoco en el niño!** De no darse este paso del proceso, lo único que ocurre es que el ‘principio del placer’, que sigue rigiendo, descubrirá un abanico de posibilidades y de experiencias, que convierten lo que estaba llamado a ser el acto ‘más conmovedor’ (en cuanto **personal**) en puro ‘comercio’ y ‘gestos mecánicos’, en algo que ‘se consume’, no en algo que ‘me pone en juego’ y me compromete gozosamente.

Pero el concepto de ‘hombre-masa’ que Ortega describe desde unas coordenadas socio-políticas muy concretas, que evidentemente no son las nuestras, lo podemos rescatar a partir de un influjo más eficaz que los movimientos de masas que él vivió: el de los **mass-media** [los medios de comunicación: radio, TV, internet]. Como observábamos más arriba, cada uno, sin salir de su cuarto está masificado: lo que recibe por los medios de comunicación está llegando a millones de personas al mismo tiempo. Esto nos lleva a una ‘seguridad impersonal’ que formulamos: ‘esto ya no **se** lleva’, ‘no **se** hace’... Es decir, esta ‘no disonancia’ [nuestra manera de vivir y pensar no choca con lo que hace todo el mundo] nos ‘asocia’ y protege [nos sentimos más seguros, no se ríen de nosotros]: ¡no estoy sólo! Veamos cómo Ortega describe ‘la estructura psicológica’ del ‘hombre-masa’:

- ...Si... se estudia la estructura psicológica de este nuevo tipo de hombre-masa, se encuentra lo siguiente: 1º, una impresión nativa y radical de que la vida es fácil, sobrada, sin limitaciones trágicas; por lo tanto, cada individuo medio encuentra en sí una sensación de dominio y triunfo que, 2º, le invita a afirmarse a sí mismo tal cual es, dar por bueno y completo su haber moral e intelectual. Este contentamiento consigo le lleva a cerrarse para toda instancia exterior [nadie me tiene que decir nada, lo tengo y lo sé todo], a no escuchar, a no poner en tela de juicio sus opiniones y a no contar con los demás. Su sensación íntima de dominio le incita constantemente a ejercer predominio. Actuará, pues, como si sólo él y sus congéneres existieran en el mundo; por lo tanto, 3º, intervendrá en todo imponiendo su vulgar opinión sin miramientos, contemplaciones, trámites ni reservas, es decir, según un régimen de “acción directa”.⁴⁵

El problema en nuestro caso es que en el hombre-masa actual, ‘la sensación de dominio y triunfo’, no es suya sino que se la proporciona el que ‘todos’ participan de ella, de ahí que pueda pasar rápidamente a lo contrario, si así se lo comunican; ‘su haber moral e intelectual’ parte de un ‘consenso’ que se le impone por una información simultánea que se convierte en un ‘imperativo impersonal’ (el ‘**se**’); por último, esta seguridad que da el saber que estoy ‘al día’ hace que

⁴⁵ **Ibidem**, pp. 145-6

impongamos lo que previamente se nos ha impuesto, denominándolo ‘correcto’. Esta situación es la más opuesta al paso de maduración que tendría que llevar a cabo el proceso de nuestra sexualidad: la apertura a lo desconocido, a lo que me falta. La sexualidad queda reducida a algo meramente disponible al disfrute (‘principio del placer’) y no puede dinamizar con una fuerza capaz de ponernos en juego como totalidad, comprometernos (lo más opuesto al *fun*).

Y puesto que lo que pretendemos es una confrontación que nos despierte, volvamos a **Ortega y Gasset**, para comprobar hasta qué punto coincide la situación de sociedad del bienestar y Estado de derecho (todo debe estar resuelto, nada de recurrir al esfuerzo y, menos aún, exponerse al riesgo), con ‘el aristócrata’ que todo lo hereda:

- Este personaje que ahora anda por todas partes y dondequiera impone su barbarie íntima, es, en efecto, el niño mimado de la historia humana. El niño mimado es el heredero que se comporta exclusivamente como heredero. Ahora la herencia es la civilización -las comodidades, la seguridad en suma, las ventajas de la civilización-. Como hemos visto, sólo dentro de la holgura vital que ésta ha fabricado en el mundo puede surgir un hombre constituido por aquel repertorio de facciones inspirado por tal carácter. Es una de tantas deformaciones como el lujo produce en la materia humana. Tenderíamos ilusoriamente a creer que una vida nacida en un mundo sobrado sería mejor, más vida y de superior calidad a la que consiste precisamente en luchar con la escasez. Pero no hay tal. Por razones muy rigurosas y archifundamentales que no es ahora ocasión de enunciar. Ahora, en vez de esas razones, basta con recordar el hecho siempre repetido que constituye la tragedia de toda aristocracia hereditaria. El aristócrata hereda, es decir, encuentra atribuidas a su persona unas condiciones de vida que él no ha creado, por tanto, que no se producen orgánicamente unidas a su vida personal y propia. Se halla, al nacer, instalado, de pronto y sin saber cómo, en medio de su riqueza y de sus prerrogativas. Él no tiene, íntimamente, nada que ver con ellas, porque no vienen de él. Son el caparazón gigantesco de otra persona, de otro ser viviente: su antepasado. Y tiene que vivir *como* heredero, esto es, tiene que usar el caparazón de otra vida. ¿En qué quedamos? ¿Qué vida va a vivir el “aristócrata” de herencia: la suya o la del prócer inicial? Ni la una ni la otra. Está condenado a *representar* al otro, por lo tanto, a *no ser* ni el otro ni él mismo. Su vida pierde, inexorablemente, autenticidad, y se convierte en pura representación o ficción de otra vida. La sobra de medios que está obligado a manejar no le deja vivir su propio y personal destino, atrofia su vida. *Toda vida es lucha, el esfuerzo por sí misma*. Las dificultades con que tropiezo para realizar mi vida son precisamente lo que despierta y moviliza mis actividades, mis capacidades... Vaya esto tan sólo para contrarrestar nuestra ingenua tendencia a creer que la sobra de medios favorece la vida. Todo lo contrario. Un mundo sobrado de posibilidades produce automáticamente graves deformaciones y viciosos tipos de existencia humana -los que se pueden reunir en la clase general “hombre heredero” de que el “aristócrata” no es sino un caso particular, y otro el niño mimado, y otro, mucho más amplio y radical, el hombre-masa de nuestro tiempo-. (Por otra parte, cabría aprovechar más detalladamente la anterior alusión al “aristócrata”, mostrando cómo muchos de los rasgos característicos de éste, en todos los pueblos y tiempos, se dan de manera germinal en el hombre-masa. Por ejemplo, la propensión a hacer ocupación central de la vida los juegos y los deportes; el cultivo de su cuerpo -régimen higiénico y atención a la belleza del traje-, falta de romanticismo en la relación con la mujer; divertirse con el intelectual, pero, en el fondo, no estimarlo y mandar que los lacayos o los esbirros le azoten; preferir la vida bajo la autoridad absoluta a un régimen de discusión, etc., etc.)⁴⁶

El final de esta larga cita refleja lo que en gran parte vive el hombre posmoderno [de hoy] y que Ortega vio ya en el hombre-masa. Sólo resaltar dos alusiones: ‘falta de romanticismo’ y ‘preferir la vida bajo la autoridad absoluta’. La primera coincidiría con lo que Bruckner denunciaba como haber convertido lo ‘conmover’ en ‘gestos mecánicos’ (‘técnicas’ se denominan con la mayor naturalidad); y la segunda en esa despreocupación total de lo político, unida a una crítica tanto más feroz cuanto más descomprometida. Hemos pasado de un compromiso ‘ciego’ (el de la época de

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 146-7

Ortega), a una exigencia nunca satisfecha porque radica en la insaciable dinámica del ‘principio del placer’, en el que creemos que es posible seguir instalados. Preferimos que ‘nos cuiden’ a decidir y menos aún a pensar. Un contexto como el descrito no favorece precisamente una maduración, y si la sexualidad puede ser satisfecha lúdicamente [como un juego] ¿para qué complicarse la vida?...

Pasemos a **D. von Hildebrand**. El enfoque creyente de su obra hace que muchas de sus citas las reservemos para los epígrafes finales. Sin embargo hace observaciones que coinciden con aportaciones, en concreto, de Julián Marías, respecto a la centralidad de nuestra sexualidad, en la que ‘estamos instalados’. Veamos cómo él describe la vivencia del amor ‘conyugal’ [él estuvo casado] como expresión culminante del proceso de nuestra sexualidad (paso del ‘autoerotismo al amor’):

- La cualidad propia de este amor está indicada por la palabra conyugal. Es el amor específicamente conyugal, la *intentio unionis* [la intención de unión], contenida en todo amor, el que adquiere una función nueva, decisiva, que se convierte en el “tema principal” de esta relación. Por oposición a la amistad típica, en que la orientación común hacia un bien objetivo, una comunidad de ideas, por ejemplo, representa el tema principal [los amigos que lo son porque los dos son aficionados a la caza], aquí es la persona del cónyuge quien representa el objeto propiamente dicho. Las dos personas se relacionan enteramente la una con la otra, el amor recíproco es el tema principal. Es lo que presta una significación completamente nueva a la *intentio unitiva*, que es inmanente a todo amor. Las dos personas tienden a participar no solamente en la vida y en el pensamiento, sino en el *ser* la una de la otra. Añádase a esto el carácter específicamente complementario de la tendencia unitiva entre hombre y mujer. En fin, hay que considerar también el modo específico de “enamoramamiento”, en el sentido más noble de la palabra, que señala el amor conyugal con un sello particular: esa propiedad, siempre despierta de abrirse el uno al otro, gracias a la cual todo el encanto del otro ser, en su singularidad individual, no solamente se descubre a nuestros ojos para nuestra delectación, sino que nos cautiva de una manera única.

En segundo lugar, el amor, único capaz de transformar la esfera sensual [la mera atracción sexual], es esencialmente un amor que lleva la sanción solemne de la persona. No solamente ha de “existir”, sino que el centro libre y espiritual de nuestra persona ha de darle una sanción expresa, ha de declararse solidario con él, por decirlo así, y “hacer suya” formalmente su aspiración a la unión [no sólo me atrae, sino que quiero a la otra persona]. La *intentio unitiva* pasa al estado de un solemne acto de voluntad [de decisión], se convierte en voluntad de pertenecer al otro para siempre. Debe cristalizar en el acto social de la entrega al otro para la vida y de basarse en el lazo de unión objetivo creado por este acto: entrega y lazo que deben paralizarse *in conspectu Dei* [en presencia de Dios], de suerte que Dios es, por decirlo así, el que posee ese lazo.⁴⁷

Dos aspectos conviene resaltar en esta confrontación: que las dos personas tienden a ser la una para la otra, pero de forma complementaria. Podríamos decir que es una tendencia sin protagonismo, que la plenitud está en una unión que no es mera suma sino encuentro agradecido. Esto no tiene nada que ver con el ‘autoerotismo’. Por otro lado, no es algo que ‘padecemos’ pasivamente [que nos ocurre], sino algo **personal**, que debe ser sancionado por ‘el centro libre y espiritual de nuestra persona’. ¿Es posible esta culminación sin pasar del ‘autoerotismo’ al amor?

Pero sigamos con **von Hildebrand**: veamos en qué sentido el amor es la culminación:

- ... En la medida en que es amor *conyugal*, llega a unir orgánicamente el acto de unión conyugal en el seno de la vida de la persona. En la medida en que es *amor*, llega a transfigurarla de un modo singular y, porque es lo uno y lo otro, es capaz de evitar el doble escollo del “engullimiento” [uno engulle algo cuando se lo traga sin querer] que le amenaza.

La voluntad sola no lo conseguiría.

En efecto, consideremos en primer lugar el riesgo de caer en lo vital corporal, el peligro de “hundirse”. Aquí, como en todas partes, la intención buena puede preservar a la persona de una falta.

⁴⁷ Dietrich von Hildebrand, *Pureza y virginidad*, Ed. Desclée de Brouwer, 6ª ed. 1966, pp 103-4

La voluntad recta de no dejarse “engullir” basta, pues, para excluir toda falta, cuando el acto de unión conyugal constituye un deber. Pero no llega por ello a impedir un engullimiento de hecho, a conseguir que, en lugar de ser “engullido”, sea uno “arreatado” (por valores superiores). Solamente el amor es capaz de esto; el amor, ese acto que es el más vivo y más central del espíritu. Solamente el amor representa una actividad bastante central de la persona espiritual, ofrece una viveza bastante grande para que pueda medirse con la actualización más alta del cuerpo, en el acto de unión conyugal. Solamente él, por consiguiente, puede mantener en su integridad, y en ese mismo instante, la soberanía del espíritu sobre el cuerpo [soy yo el que manda, no la atracción -mi cuerpo-]. Si es capaz de ello, la razón está ante todo en su cualidad de amor conyugal, que implica la posibilidad de entrar en relación orgánica intrínseca con la esfera sensual. Si tiene esa eficacia no es que sea algo yuxtapuesto al fenómeno corporal y capaz de dominarle, a la manera como el espíritu permanece sereno en un individuo por encima de los más grandes dolores corporales, no, sino, que es que el amor se inserta en el fenómeno corporal para hacer de él su modo de expresión. Eso le es posible, en primer lugar, en virtud de una conformidad intrínseca, por el hecho de que ese acto posee la facultad de llegar a ser su modo de expresión; en segundo lugar, en virtud del poder intrínseco del amor, que es el acto espiritual más vivo, el más profundo y el más global, en el que el espíritu consagra el triunfo a su imperio sobre todo el dominio vital corporal.

Por eso no se realiza más que cuando el amor se fundamenta en Dios, consciente y expresamente cuando es un “amor de Dios”...⁴⁸

La cita es larga, pero expresa algo importante: parece ser que nuestra sexualidad está llamada a pasar de ser una experiencia necesitante (de carencia, vivida desde el principio del placer), a ser una posibilidad de expresarse, de darse. El autoerotismo se consume, el amor nos pone en juego. El problema es que sólo el amor es capaz de unir dos esferas que parecen contraponerse de forma incompatible, de forma que, como el mismo Hildebrand formula con acierto, puede ‘engullirnos’ por su fuerza física. Sólo el amor impide este engullimiento, “el acto espiritual más vivo, el más profundo y el más global, en el que el espíritu consagra el triunfo a su imperio sobre todo el dominio vital corporal”. He añadido el comienzo del siguiente párrafo en el que ‘fundamenta’ esta posibilidad y que tendremos que abordar al final de esta confrontación.

Por último, sin dejar a **von Hildebrand**, recojamos otra descripción de este logro que sólo puede alcanzar el amor:

- ... la voluntad no puede imprimir su sello más que extrínsecamente. Aquí también solamente el amor puede dar una real “información”, pero a condición de que sea el amor específicamente conyugal, cuya expresión apropiada es el acto de unión conyugal. La circunstancia de “ponerse en juego” totalmente la persona, que afecta objetivamente al orgasmo, queda en este estado completamente modificada: de “abandono a la deriva” se convierte en “don de sí”, y el acto realiza el cumplimiento verdadero e integral de la *intentio unitiva* del amor conyugal. El amor conyugal se convierte en el alma de este acto, de suerte que todo en él se transforma en expresión y cumplimiento de ese amor, mientras que el factor de “ponerse en juego” cede el lugar a una donación de un género especial, fundamentalmente sancionada por la persona. Y así todo tiene su sitio y expresión adecuada, intrínsecamente rica de sentido, en que la persona no se “pierde” no se “dilapida” a la ligera, al golpe de un impulso pasajero, sino que se entrega solemnemente al otro, en un don sin devolución, para toda la vida.⁴⁹

Es decir, de ‘un ponerse en juego’ que puede terminar en ‘perderse’ o ‘dilapidarse’, se convierte por el amor en ‘don de sí’ ‘sin devolución’. ¡Esto sí que es ‘conmover’ y no mero ‘comercio’!

Y para terminar estas confrontaciones con el epígrafe que nos ocupa, citemos un trozo de la

⁴⁸ **Ibidem**, pp. 106-7

⁴⁹ **Ibidem**, pp. 108-9

encíclica de **Benedicto XVI**, *Deus caritas est*:

- ... ¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? Una primera indicación... el **Cantar de los cantares**. Según la interpretación hoy predominante, las poesías contenidas en este libro son originariamente cantos de amor...
... a lo largo del libro se encuentran dos términos diferentes para indicar el “amor”. Primero, la palabra *dodim*, un plural que expresa el amor todavía inseguro, en un estadio de búsqueda indeterminada. Esta palabra es reemplazada después por el término *ahabá*, que la traducción griega del AT denomina... *ágape*, el cual... se convirtió en la expresión característica para la concepción bíblica del amor. En oposición al amor indeterminado y aún en búsqueda, este vocablo expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca.⁵⁰

Si **El Cantar de los cantares** consiste en un canto sobre el amor humano, es interesante el uso de los dos vocablos (*dodim* y *ahabá*) para expresar lo que sólo es búsqueda indeterminada, a lo que ha llegado al descubrimiento del otro, única forma de superar el carácter egoísta del primero. Posiblemente esté expresando lo que nuestro epígrafe resumía: ‘paso del autoerotismo al amor’.

[b] – No está asegurado [24]

En nuestro contexto cultural del Primer Mundo, el valor que da sentido a los demás valores es la **seguridad**. Cualquier realidad, si no podemos garantizarla (no por nuestra decisión de permanecer, sino porque ‘en sí’ sea segura), pierde valor: hoy día ¡todo se asegura! Pues bien, lo más incómodo de este proceso, en el que parece que nos va mucho, es que **no está asegurado**.

Pero ¿por qué no está asegurado? Lo venimos diciendo desde el comienzo: el ser humano no está programado (es **libre**), y a cambio tiene una capacidad de evaluar [valorar] (**inteligencia**) una realidad cargada de posibilidades, y de la que tenemos que hacernos cargo. Cuando la técnica nos proporciona unos medios casi mágicos de lograr lo insospechado, nos proporciona una especie de ‘omnipotencia’ cuyo final es la frustración. Veamos la aguda observación de **P. Bruckner** en su obra **La euforia perpetua**:

- Esta es la actitud norteamericana del *can do*, del "puedes hacerlo", que no pone barreras a las capacidades de un individuo con tal de que se arremangue, con el optimismo propio de una nación pionera que cree en las bodas de la eficacia y la voluntad. A la obligación de la salvación propia del Antiguo Régimen le ha sucedido la embriaguez de lo posible en las sociedades laicas, y este abanico da vértigo. Quien espera recorrer todos los caminos corre el riesgo de no emprender ninguno; una cosa es salir de sí mismo y otra creerse libre de la necesidad de elegir, es decir, libre de un marco que nos limita y condiciona nuestra libertad.⁵¹

Esto sería un escape hacia delante: la euforia de unas posibilidades insospechadas nos hace alucinar. En efecto, el ‘puedo hacerlo’ nos deja en un descampado: ‘quien espera recorrer todos los caminos corre el riesgo de no emprender ninguno’. Es la indeterminación angustiosa de quien al final no sabe lo que quiere. Si la dinámica de nuestra sexualidad que culminaba en una capacidad de darse, la vivimos como mero abanico de posibilidades, nunca ‘nos realizaremos’. Sólo la concreción nos da acceso a la realidad: si uno ‘sale de sí mismo’ es para concretar el abanico de posibilidades que parece ‘limitar’ nuestra libertad, pero, en realidad, le da contenido, la hace posible. La mera

⁵⁰ **Benedicto XVI**, *Deus caritas est*, nº 6.

⁵¹ **P. Bruckner**, *La euforia perpetua*, Tusquets, Barcelona 2001, p. 110

posibilidad (poder, *can*) no justifica llevarla a cabo (hacer, *do*), lo cual llevaría a la dispersión, la provisionalidad [no basta con 'poder', sino que para que sea algo personal tengo que querer]. Si esto lo aplicamos al proceso de nuestra sexualidad, la 'disyunción' de la que hablaba Julián Marías no está llamada a dispersarnos, sino a **vincularnos**. Una mentalidad de '*can do*' nunca vinculará.

Es decir, volviendo al epígrafe que nos ocupa, si nunca ha estado asegurado este proceso (por no estar programado), en unas circunstancias como las que vivimos, con tantas ofertas junto a la obsesión de no perder ninguna oportunidad de satisfacción, deja en entredicho cualquier posible maduración: el **capricho** (niño) sustituye al **compromiso** (adulto).

Y para subrayar esta 'no-seguridad' en todo lo referente a cualquier proceso humano, y en concreto el que nos ocupa, traigo el siguiente texto de **Ortega y Gasset**:

- ... No creo en la absoluta determinación de la historia. Al contrario, pienso que toda vida y, por lo tanto, la histórica, se compone de puros instantes, cada uno de los cuales está relativamente indeterminado con respecto al anterior, de suerte que en él la realidad vacila... Este titubeo metafísico proporciona a todo lo vital esa inconfundible cualidad de vibración y estremecimiento.

La rebelión de las masas *puede*, en efecto, ser tránsito a una nueva y sin par organización de la humanidad, pero también *puede* ser una catástrofe en el destino humano. No hay razón para negar la realidad del progreso; pero es preciso corregir la noción que cree seguro este progreso... Todo, todo es posible en la historia -lo mismo el progreso triunfal e indefinido que la periódica regresión-. Porque la vida, individual o colectiva, personal o histórica, es la única entidad del universo cuya sustancia es peligro. Se compone de peripecias. Es, rigurosamente hablando, drama.⁵²

El caer en la cuenta que la 'sustancia' de la vida, ya sea individual, personal o histórica, es **peligro**, puede por lo pronto responsabilizarnos, que no es poco. La vida está más en nuestras manos de lo que creemos, y sobre todo lo que respecta a la ineludible maduración (¡nadie nos puede madurar!), ya que la regresión viene sola.

[c] – Pretensión del psicoanálisis [4-6] y necesidad de la educación [18-24]

El alcance de este epígrafe recoge algo que ya los dos anteriores preanunciaban: si es un paso imprescindible de cara a la madurez, y por otro lado no está ni mucho menos asegurado, se siguen dos retos: por lo pronto la pretensión del **psicoanálisis** no puede ser otra que facilitar al paciente que dé este paso; por otro lado, si no estamos programados ni está asegurado este paso, habrá que ayudar con lo que siempre se ha denominado **educación**.

En efecto, en las páginas a las que remite el epígrafe desarrollábamos la tarea del psicoanálisis: al tomar conciencia el enfermo de su conflicto reprimido, puede ahora darle una respuesta consciente y, por tanto, responsable, *sustituyendo el mecanismo -automático y, por tanto, insuficiente- de la represión por una condenación ejecutada con ayuda de las más altas funciones espirituales humanas, esto es, conseguir su dominio consciente*. Es decir, *tales deseos quedan ya dominados, durante el tratamiento, por la actividad anímica correcta de los sentimientos más elevados a ellos contrarios. La represión es sustituida por una condenación llevada a cabo con los medios más eficaces*. Por lo tanto 'represión', como allí explicamos, no es lo mismo que 'condenación'. La primera es automática y la segunda es una decisión tomada desde 'las más altas funciones espirituales humanas'. Más aún, todo esto posibilita que el sujeto pueda abrirse a la "sublimación", a la que *debemos probablemente los más altos éxitos civilizados*.⁵³

⁵² José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Ed. Austral, pp 129-130

⁵³ *Psicoanálisis*, (1909) pp. 1562-3

Pues bien, esta tarea que pretende facilitar el psicoanálisis es tan vieja y universal como el ser humano: es el logro por excelencia y que denominamos madurez. Veamos la distinción de **Gandhi** entre 'suprimir' y poder 'usar':

- Recordad mi definición del *brahmacharya*, que no significa la supresión de uno o más sentidos, sino el dominio completo sobre todos ellos. Los dos estados son fundamentalmente distintos. Puedo suprimir hoy todos mis sentidos, pero tal vez necesite siglos para conquistarlos. Conquistarlos significa *usarlos* como mis esclavos voluntarios...⁵⁴

¿No coincide esto con la convicción de Freud de que este dominio que él denomina en su más alto logro como sublimación posibilita la civilización? Más aún, esta meta no está reservada a personas privilegiadas y, menos aún, que han tenido la posibilidad de un cultivo exquisito. Y aquí podemos leer la siguiente reflexión que **Ortega y Gasset** hace de cara a lo que él denomina el hombre 'selecto':

- Cuando se habla de "minorías selectas", la habitual bellaquería suele tergiversar el sentido de esta expresión, fingiendo ignorar que el hombre selecto no es el petulante [chulo] que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás, aunque no logre cumplir en su persona esas exigencias superiores. Y es indudable que la división más radical que cabe hacer de la humanidad es ésta, en dos clases de criaturas: las que se exigen mucho y acumulan sobre sí mismas dificultades y deberes, y las que no se exigen nada especial, sino que para ellas vivir es ser en cada instante lo que ya son, sin esfuerzo de perfección sobre sí mismas, boyas que van a la deriva.
... La división de la sociedad en masas y minorías excelentes no es, por lo tanto, una división en clases sociales, sino en clases de hombres, y no puede coincidir con la jerarquización en clases superiores e inferiores... en rigor, dentro de cada clase social hay masa y minoría auténtica.⁵⁵

Pero sigamos con **Ortega**. En un intento de hacer un diagnóstico de lo que ve a su alrededor lo describe así:

- ...nuestra vida, como repertorio de posibilidades, es magnífica, exuberante, superior a todas las históricamente conocidas. Mas por lo mismo que su formato es mayor, ha desbordado todos los cauces, principios, normas e ideales legados por la tradición. Es más vida que todas las vidas, y por tanto más problemática. No puede orientarse en el pretérito [pasado]. Tiene que inventar su propio destino.

Pero ahora hay que completar el diagnóstico. La vida, que es, ante todo, lo que podemos ser, vida posible, es también, y por lo mismo, decidir entre las posibilidades lo que en efecto vamos a ser. Circunstancia y decisión son los dos elementos radicales de que se compone la vida. La circunstancia -las posibilidades- es lo que de nuestra vida nos es dado e impuesto. Ello constituye lo que llamamos el mundo. La vida no elige su mundo, sino que vivir es encontrarse desde luego en un mundo determinado e incanjeable [no puedo cambiarlo]: en éste de ahora. Nuestro mundo es la dimensión de fatalidad que integra nuestra vida [lo que tengo delante]. Pero esta fatalidad vital no se parece a la mecánica. No somos disparados sobre la existencia como la bala de un fusil, cuya trayectoria está absolutamente predeterminada. La fatalidad en que caemos al caer en este mundo -el mundo es siempre *éste*, éste de ahora -consiste en todo lo contrario. En vez de imponernos una trayectoria, nos impone varias, y, consecuentemente, nos fuerza... a elegir. ¡Sorprendente condición de nuestra vida! Vivir es sentirse *fatalmente* [sin remedio] forzado a ejercitar la libertad, a decidir lo que vamos a ser en este mundo. Ni un solo instante se deja descansar a nuestra actividad de decisión. Inclusive cuando desesperados nos abandonamos a lo que quiera venir, hemos decidido no decidir. Es, pues, falso decir que en la vida "deciden las circunstancias". Al contrario: las circunstancias son el dilema, siempre nuevo, ante el cual tenemos que decidirnos. Pero el que decide es nuestro

⁵⁴ **Ibidem**, p 185

⁵⁵ **José Ortega y Gasset, La rebelión de las masas**, Ed. Austral, pp 77-8

carácter.⁵⁶

Aun el ‘decidir no decidir’ es una decisión. La realidad que nos rodee, sea la que sea, ‘nos fuerza a elegir’. La vida es proceso, y en este proceso estamos llamados a ser protagonistas. Cuando la vida consiste en mera pasividad (dejarse llevar de los condicionamientos), no hay posibilidad de protagonismo. Como nos decía Gandhi: nuestros sentidos hay que *usarlos* como esclavos, de lo contrario seremos sus esclavos. Pero en esta tarea irrenunciable, tenemos en nuestro contexto algo que siendo un logro, puede convertirse en una seria dificultad (seguimos con **Ortega y Gasset**):

- ... en efecto, el tipo medio del actual hombre europeo posee un alma más sana y más fuerte que la del pasado siglo, pero mucho más simple... En las escuelas, que tanto enorgullecían al pasado siglo, no ha podido hacerse otra cosa que enseñar a las masas las técnicas de la vida moderna, pero no se ha logrado educarlas. Se les han dado instrumentos para vivir intensamente, pero no sensibilidad para los grandes deberes históricos; se les han inoculado atropelladamente el orgullo y el poder de los medios modernos, pero no el espíritu. Por eso no quieren nada con el espíritu, y las nuevas generaciones se disponen a tomar el mando del mundo como si el mundo fuese un paraíso sin huellas antiguas, sin problemas tradicionales y complejos.⁵⁷

Y ahora, la situación del ‘hombre-masa’ es la siguiente:

- Nunca el hombre-masa hubiera apelado a nada fuera de él si la *circunstancia* no le hubiese forzado violentamente a ello. Como ahora la circunstancia no le obliga, el eterno hombre-masa, consecuente con su índole, deja de apelar y se siente soberano de su vida. En cambio, el hombre selecto o excelente está constituido por una íntima necesidad de apelar de sí mismo a una norma más allá de él, superior a él, a cuyo servicio libremente se pone... Esto es la vida como disciplina -la vida noble-. La nobleza se define por la exigencia, por las obligaciones, no por los derechos. *Noblesse oblige*. “Vivir a gusto es de plebeyo; el noble aspira a ordenación y ley” (**Goethe**). Los privilegios de la nobleza no son originariamente concesiones o favores, sino, por el contrario, conquistas... En cambio, los derechos comunes, como son los “del hombre” y del ciudadano, son propiedad pasiva, puro usufructo y beneficio, don generoso del destino con que todo hombre se encuentra, y que no responde a esfuerzo ninguno, como no sea el respirar y evitar la demencia. Yo diría, pues, que el derecho impersonal se tiene, y el personal se sostiene.⁵⁸

En definitiva, la vida es pura tarea pendiente, responsable, no pasividad que se disfruta y exige sin más. Hay que conquistar la vida que es puro proceso, un ‘apelar de sí mismo a una norma más allá de él’. ¿No suena esto a la concepción de la sublimación?

Sin embargo, el hombre-masa se plantea la vida como mero disfrute de los logros que la humanidad ha alcanzado con continuos **esfuerzos**:

- Todo el crecimiento de posibilidades concretas que ha experimentado la vida corre riesgo de anularse a sí mismo al topar con el más pavoroso problema sobrevenido en el destino europeo y que de nuevo formulo: se ha apoderado de la dirección social un tipo de hombre a quien no interesan los principios de la civilización. No los de ésta o los de aquélla, sino -a lo que hoy puede juzgarse- los de ninguna. Le interesan, evidentemente, los anestésicos, los automóviles y algunas cosas más. Pero esto confirma su radical desinterés hacia la civilización. Pues esas cosas son sólo productos de ella, y el fervor que se les dedica hace resaltar más crudamente la insensibilidad para los principios de que nacen.
... El nuevo hombre desea el automóvil y goza de él; pero cree que es fruta espontánea de un árbol edénico.⁵⁹

⁵⁶ **Ibidem**, pp. 103-4

⁵⁷ **Ibidem**, p 107

⁵⁸ **Ibidem**, pp 117-8

⁵⁹ **Ibidem**, pp 132-3

No se suma al protagonismo que supone el que se incorpora a la civilización de forma responsable, sino que exige disfrutar sus logros, como si éstos fuesen surgiendo de forma espontánea de un proceso ‘natural’. Es sorprendente que los ‘intereses’ de aquel momento (‘los anestésicos y los automóviles’), puedan muy bien expresar con exactitud los de nuestra generación. La gran preocupación del hombre rodeado de logros es garantizar la ‘anestesia’ y el ¿escape? (¡automóviles!). Sea lo que sea, lo importante es que el hombre tome conciencia de que tiene que ‘hacerse cargo’ de una realidad que ha de ‘cultivar’ (cultura, civilización) y que nunca debería dar por supuesta [por hecha, por terminada].

Pero curiosamente esta actitud del ‘hombre-masa’ ha desembocado en un individualismo exacerbado. La descripción que **G. Lipovetsky** hace de la situación que vivimos bajo el ‘imperio de la moda’ no es otra cosa que lo que Ortega preveía:

- La información contribuye aún en otro sentido al auge del individualismo... Cuanto más informados están los individuos, más se hacen cargo de su propia existencia y el Ego es más objeto de cuidados, de atenciones y prevenciones. Incluso cuando tratan de no dramatizar, los media intentan desculpabilizar numerosos comportamientos (drogadictos, mujeres violadas, impotencia sexual, alcoholismo, etc...): todo se muestra, todo se dice, pero sin juicio normativo, más como hechos que deben registrarse y comprenderse que condenarse. Los media lo exhiben casi todo y juzgan poco; contribuyen a configurar un nuevo perfil del individualismo narcisista ansioso pero tolerante, de moralidad abierta y Superego débil o fluctuante.

En numerosos terrenos, los media han logrado sustituir a la Iglesia, a la escuela, a la familia, a los partidos y a los sindicatos como instancias de socialización y de transmisión de saber. Cada vez más nos enteramos del acontecer del mundo a través de los media; son ellos los que nos procuran nuevos datos adecuados para que nos adaptemos a nuestro entorno cambiante. La socialización de los individuos en virtud de la tradición, de la religión, de la moral, va cediendo terreno a la acción de la información mediática y de las imágenes. Nos hemos apartado definitivamente de eso que Nietzsche llamaba “la moralidad de las costumbres”: la domesticación cruel y tiránica del hombre por el hombre, en vigor desde la noche de los tiempos, así como la instrucción disciplinaria, han sido reemplazadas por un tipo de socialización totalmente inédito [desconocido], *soft*, plural, no coercitivo [que no se impone], y que funciona a través de la elección, la actualidad, el placer de las imágenes.

Lo que caracteriza la información es que individualiza las conciencias y disemina el cuerpo social con sus innumerables contenidos, en tanto que, por otra parte, ayuda en cierto modo a homogeneizarlo a través de la “forma” misma del lenguaje mediático. Bajo su acción específica, los sistemas ideológicos rígidos no cesan de perder autoridad; la información es un agente determinante en el proceso de abandono de los grandes sistemas de ideas que acompañan la evolución contemporánea de las sociedades democráticas. Sustentada por una lógica de lo fáctico [de lo que se puede hacer], de lo actual, de la novedad, la información en las sociedades democráticas no deja de reducir el impacto de las ambiciones doctrinarias, conforma una conciencia cada vez más ajena a las interpretaciones “religiosas” del mundo y a los discursos proféticos y dogmáticos. Y ello, no sólo mediante la actualidad fragmentada, discontinua, puntual, sino también por medio de todas las emisiones en que intervienen expertos, hombres de ciencia o distintos especialistas que explican de modo simple y directo al público el estado de las cosas. Los media se encaminan hacia el discreto encanto de la objetividad documental y científica y van socavando las interpretaciones globales de los fenómenos en favor de un registro de los hechos y de síntesis de dominante “positivista” [se prefiere el hecho, lo que ocurre, que la vida que hay detrás si merece la pena o no]. En tanto que las grandes ideologías tendían a desprenderse de la realidad inmediata por considerarla engañosa y ponían en práctica “el poder irresistible de la lógica”, los implacables procedimientos de la deducción y las explicaciones definitivas que producían premisas absolutas (**Hannah Arendt**), la información sacraliza el cambio, lo empírico, lo relativo, lo “científico”. Menos glosas [explicaciones] y más imágenes, menos síntesis especulativas y más hechos, menos sentido y más técnica. El acontecimiento sucede a las argumentaciones hipercoherentes, los datos factuales a los

juicios normativos, los flashes a las doctrinas, los expertos a los ideólogos, y la fascinación del presente, del *scoop* y de la actualidad efímera al porvenir radiante. Poniendo en escena las novedades y la positividad del saber, los media descalifican el espíritu de sistema, propagan una alergia de masas hacia las visiones totalizantes del mundo y a las exorbitantes pretensiones de los razonamientos dialécticos hiperbólicos, favorecen la emergencia de un espíritu hiperrealista, fascinado por los hechos, lo “directo”, lo vivido, los sondeos, las novedades. La orientación de los individuos por medio de los valores está claro que en modo alguno ha desaparecido, pero se ha mezclado con el apetito realista de la información y escucha del Otro, se ha suavizado paralelamente a la erosión de la fe en las religiones seculares. Si la información es un acelerador de la dispersión individualista, sólo lo consigue difundiendo al mismo tiempo valores comunes de diálogo, de pragmatismo, objetividad, como propiciando un homo telespectator [como el que está ante el televisor] de tendencia realista, *relativista, abierta*.⁶⁰

La cita comienza con una observación de gran alcance: liga el ‘individualismo narcisista’ que nos domina a la ‘información’ que nos llega a través de los ‘media’. En efecto, su argumentación es contundente: la ‘información’ pone a nuestro alcance ‘todo’, sin valoración alguna (‘desculpabilizado’) y el yo se siente soberano para elegir lo que le apetezca.

Si Pascal Bruckner advertía que el Super-ego se había “instalado en la ciudadela de la Felicidad”, ahora G. Lipovetsky puntualiza qué alcance tiene dicha identificación: si los media ‘exhiben casi todo y juzgan poco’, configuran automáticamente un ‘narcisismo individualista ansioso pero tolerante, de moralidad abierta y Superego débil o fluctuante’.

Las tres contraposiciones son sugerentes al máximo: **ansioso-tolerante**, es decir, es una tolerancia que afecta más bien a mi ‘ansiedad’ compulsiva que a una tolerancia comprensiva y recuperadora; **moralidad-abierta**: qué duda cabe que siempre se ha dado tendencias morales más abiertas y más cerradas (estrictas), pero en nuestro caso, si el referente de todo está instalado en el ‘hedonismo’ [sólo hacer lo que me apetece], dicha apertura sería lo que Ortega terminaba denominando ‘inmoral’ sin más; por último, el que más puede llamarnos la atención es la de un **Super-ego débil o fluctuante**: si el Super-ego tiene una función sancionadora y estructurante [que me dice lo que está bien y mal] que proporcione a la persona un ‘centro de gravedad’ que evite la dispersión que su ‘no programación instintiva’ provocaría, ¿cómo puede denominarse a esta instancia ‘débil’ o, lo que es peor, ‘fluctuante’? ¿Puede algo ‘débil’ sancionar [decidir] o algo ‘fluctuante’ [cambiante] estructurar [que cada cosa esté en su sitio]?

En efecto, si las ‘instancias de socialización’ eran ‘la Iglesia, la escuela y la familia’, incluso ‘sindicatos y partidos’ (por tanto lo que está detrás del Super-ego), y dichas instancia han sido sustituidas por los media, que tan sólo ‘exhiben casi todo pero juzgan poco’, todo se convierte en una estantería de supermercado, cuyo único sentido es poner al alcance de la mano para que el cliente se surta sin más. Si dichas instancias tenían un papel socializador, como ‘instancias del saber’, ¿puede el mero escaparate llevar a cabo dicha función? ¿Qué garantía tienen la mera “elección [¡para Ignacio de Loyola, toda elección debe ser ‘sana y buena!’], la actualidad [¿moda?], el placer de las imágenes [¿principio del placer?]”?

Más aún, si ha denominado a los ‘media’ sustitutos de las ‘instancias de socialización’ (familia, Iglesia, etc.), resulta que lo que llevan a cabo es todo menos ‘socializar’: “Lo que caracteriza la información es que individualiza las conciencias y disemina el cuerpo social con sus innumerables contenidos...” Es decir “conforma una conciencia cada vez más ajena a las interpretaciones ‘religiosas’ del mundo y a los discursos proféticos y dogmáticos” para acomodarla

⁶⁰ Gilles Lipovetsky, *El imperio de lo efímero*, Ed. Anagrama, Barcelona 2002, 8ª edición, pp. 256-8

a una “actualidad fragmentada, discontinua, puntual”, en la que intervienen “expertos”, que con “el discreto encanto de la objetividad documental y científica... van socavando las interpretaciones globales” [explicaciones de conjunto que me llenan], cayendo en un positivismo pragmático [lo que de hecho es útil y nos sirve, sin preguntarnos más], siempre pendiente de nuevos hallazgos... En una palabra “menos sentido y más técnica” [menos preguntarme si 'me llena', y más si 'me sirve' o simplemente 'me apetece'].

Desde esta perspectiva, el experto me suple: uno no tiene nada que buscar y, menos aún, decidir. Lo que sí ha de estar es **informado**, pues ‘lo último’ decide. ¿Qué espacio queda aquí para la tarea que Freud asignaba al psicoanálisis? ¿En qué sentido podemos decir, desde esta perspectiva, que el ser humano está llamado a hacerse cargo de su realidad? Si no busco ningún ‘sentido’, ¿no me he quedado sin ‘vectorialidad’?

En efecto, si en la búsqueda del sentido de nuestra sexualidad de la mano de Freud, éste nos decía que a través del tratamiento psicoanalítico el enfermo puede alcanzar la capacidad de orientar el deseo que se ha hecho consciente “hacia un fin más elevado” (sublimación) o si debía ser reprobado (“*sustituyendo el mecanismo -automático y, por tanto, insuficiente- de la represión por una condenación ejecutada con ayuda de las más altas funciones espirituales humanas, esto es, conseguir su dominio consciente*”), si no tenemos ni 'fin más elevado' ni contamos con 'las más altas funciones espirituales', ¿qué 'orientación' o 'reprobación' podemos hacer? Sin una vectorialidad, del tipo que sea (no necesariamente ‘religiosa’), ¿tiene sentido el mismo psicoanálisis?

Y en este contexto podemos hacer otra confrontación, esta vez con **von Hildebrand**. Cuando él se plantea el contenido de la ‘pureza’, es decir, un sentido de la propia sexualidad más allá de satisfacer la mera genitalidad, parte de una vivencia positiva [que le dice mucho, que le da mucha importancia] y no precisamente de **indiferencia** hacia dicha esfera: según él hay que distinguir la pureza verdadera de la simple indiferencia sensual por temperamento. Entresaco varios párrafos del capítulo que titula: **Pureza e indiferencia sexual**⁶¹:

- ...es indispensable comenzar por distinguir netamente la pureza verdadera [el respeto] de una simple indiferencia sensual por temperamento. [...] hay gentes que miran la simple indiferencia sensual como un ideal y para las que la cumbre de la pureza está en la ausencia total de “instinto sexual”. Ese es un error, de tal forma que resulta hasta falso el querer ver en la indiferencia sensual una condición especialmente favorable para la pureza.

[...]

Por el contrario, podemos hablar de “sensualidad” en el sentido propio tan sólo cuando se trata de una complexión nativa susceptible de receptividad respecto a la esfera sensual bajo su aspecto auténtico y capaz de comprender su cualidad extraordinaria [que uno experimenta la atracción normal hacia el otro sexo]... Comprendida de este modo... la esfera sensual, ejerciendo sobre él su influencia específica, le confiere al propio tiempo un ardor y una viveza característicos. Como puro hábito [tendencia con la que uno cuenta] de la zona vital del hombre, hace juego con otro hábito de la zona espiritual del hombre, que es un “estado de alerta” del espíritu [nuestro espíritu siempre está despierto]. En oposición a un hábito de inercia y embotamiento, suele estar acompañado de una capacidad general de recepción más viva, mayor sensibilidad y un espíritu en estado de alerta y, sobre todo, de una mayor intensidad de recepción y reacción del espíritu [porque está despierto]...

[...]

⁶¹ Quizás convenga puntualizar la terminología de **von Hildebrand**, para entender el alcance de lo que dice desde la perspectiva de **Freud**. A mi parecer, la palabra *sexual* en Freud correspondería a *sensual* en von Hildebrand, lo mismo que *genital* o *instintos sexuales libres* se correspondería con *sexual*. Opino, que la oposición frontal de von Hildebrand con Freud es cuestión, más de terminología que de contenidos. Lo que Freud encierra en su término *sublimación* coincide, a mi manera de ver, con el alcance que puede tener en von Hildebrand la *sensualidad*.

[Cfr. distinción entre pureza e indiferencia sensual] La indiferencia sensual es esencialmente la falta absoluta de receptividad [no le dice nada] respecto a la esfera sensual, sin adoptar posición alguna en lo referente al dominio de lo puro [lo que respeto, valoro] o de lo impuro [le quito importancia, no le doy valor, pero juego, me aprovecho]. Es una incomprensión radical para el sentido positivo y negativo de esta esfera, incomprensión análoga [parecida] a la del individuo desprovisto de aptitudes musicales respecto a las cualidades que encierra el mundo de los sonidos [al que no tiene oído ni gusto por la música, todo le suena a 'ruidos']. [...] La virtud de la pureza toma una posición diametralmente [completamente] opuesta. Le es esencial comprender específicamente los valores positivos y negativos inherentes a la esfera sensual, tanto como darles una respuesta positiva o negativa. Se descubre así hasta qué profundidad penetra la distinción entre pureza e indiferencia sensual.

„, Como tal, el indiferente desde el punto de vista sensual se encuentra fuera de la alternativa: puro-impuro [no sabe de qué se está hablando]...⁶²

Si el tratamiento psicoanalítico pretende que el sujeto, liberado de sus represiones pueda hacerse cargo de su sexualidad (¡no dejarse llevar sin más), ¿no consistirá en que nuestra 'zona espiritual' descubra la fuerza potenciadora de la vivencia humana (¡no animal, o meramente carnal!) de la 'sensualidad'? : *Como puro hábito de la zona vital del hombre, hace juego con otro hábito de la zona espiritual del hombre, que es un "estado de alerta" del espíritu.*

Si en otro momento, von Hildebrand denomina la actualización de nuestra esfera sexual como el acto 'más despierto' de nuestro cuerpo, donde espíritu y cuerpo se tocan, 'la virtud de la pureza' sólo puede darse cuando la persona no sólo es capaz de 'comprender específicamente los valores positivos y negativos inherentes a la esfera sensual', sino de 'darles una respuesta positiva o negativa'. En este sentido no es algo 'asegurado', sino un horizonte [algo posible que yo tengo que buscar; nadie lo puede hacer por mí]. Una vez más tendríamos que preguntarnos si el contexto actual dominante facilita esta posibilidad, porque lo que aquí se nos describe no tiene nada que ver con una respuesta 'mecánica', con ese *hábito de inercia y embotamiento* que supone una 'sensualidad' meramente consumible, como más adelante diremos.

Y para terminar esta confrontación con la primera parte del epígrafe que nos ocupa podemos remitir a una cita de *Deus caritas est*:

- 5. En estas rápidas consideraciones sobre el concepto de *eros* en la historia y en la actualidad sobresalen claramente dos aspectos. Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete afinidad, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el *eros* ni "envenenarlo", sino sanarlo para que alcance su verdadera grandeza.⁶³

Resulta que como veremos al final, la sexualidad humana *-libido* en (**Freud**)-, la sensualidad (**von Hildebrand**), o el concepto *eros* -, tiene 'cierta relación' con lo divino y, lo que es más importante para el epígrafe que estamos confrontando, no es algo que 'pasivamente' [yo no decido nada, sólo aguanto o disfruto lo que me viene] soportamos, padecemos o disfrutamos sin más, sino algo que hay que controlar-dominar para que 'alcance su verdadera grandeza'.

Pero este dominio responsable que el psicoanálisis ha de posibilitar en el enfermo bloqueado por una represión, ha de contar (al margen de la enfermedad) y debe estar precedido por la **educación**: la gran responsabilidad que tuvieron los que nos rodearon cuando éramos pequeños,

⁶² Dietrich von Hildebrand, *Pureza y virginidad*, Ed. Desclée de Brouwer, 6ª ed. 1966, pp 49-66

⁶³ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, nº 5

segundo aspecto de nuestro epígrafe.

Y aquí, hay que volver a este gran ‘reportero’ de la ‘posmodernidad’ [de lo que hoy ‘se lleva’], **Lipovetsky**, para descubrir, hasta qué punto, esta necesidad de educación parece haber desaparecido, y una especie optimismo ‘rousseauiano’ [un señor que decía que el ser humano dejándolo a su aire daba lo mejor de sí] cree haber alcanzado una meta sin esfuerzo, una *revolución-moda*. Veamos cómo nos lo describe:

- ...La “última” manifestación del espíritu revolucionario se encontró curiosamente combinada, en los *sixties* [los años 60], con su alter ego [con lo que buscaba]: el espíritu de moda. De un lado, incontestablemente los años sesenta y sus prolongaciones recondujeron el ideal de la Revolución a través de la contestación estudiantil, de la contracultura, del neofeminismo y de los movimientos alternativos. Asistimos al despliegue de una escalada ideológica [unas teorías] que reclamaba “cambiar la vida”, destruir la organización jerárquica [distintas categorías] y burocrática [organizada] de la sociedad capitalista, emanciparse de todas las formas de dominación y autoridad. Con los temas del “Estado patronal y policíaco” [el Estado, lo único que sabe es mandar, controlar y castigar], el retorno a la huelga general, de *La Internacional*, las barricadas, la mitología revolucionaria supo dar lustre a su blasón [supo recuperar el prestigio que había tenido]. Pero, de otro lado, la contestación de los años sesenta rompió, en esencia, los vínculos que la unían a los proyectos demiúrgicos [que pretendían construir] de la edificación del nuevo mundo, cristalizados durante el siglo XIX. El Mayo del 68 [unas revueltas de jóvenes que hubo en París en 1968] encarna en este sentido una figura inédita [algo nunca visto]: sin objetivo ni programa definidos, el movimiento fue la insurrección sin futuro [una rebeldía sin saber para qué], una revolución en el presente que testimoniaba a la vez el declinar de las escatologías [las grandes promesas] y la incapacidad de proponer una visión clara de la sociedad venidera [no saber qué ofrecer]. Sin proyecto explícito y sustentado por una ideología espontaneista [lo que siento en cada momento, sin más preguntarme], Mayo del 68 no fue sino un paréntesis de corta duración, una revolución frívola, una *pasión revolucionaria* más que una movilización de fondo. Se produjo espectáculo de la Revolución, afirmación gozosa de los signos de ésta, no apuesta o enfrentamiento revolucionario. [fue más fachada que fondo]. A diferencia de las revoluciones sangrientas cuyo eje era la construcción voluntaria de un futuro distinto, el Mayo del 68 se organizó conforme al eje temporal de la moda, el presente, en un *happening* [un acontecimiento] más parecido a una *fiesta* que a los días que conmueven el mundo [que dan miedo]. La primavera estudiantil ni propuso ni edificó con seriedad; criticó, discursó, reunió a la gente en las calles y las aulas, perturbó las certidumbres y reclamó “la insurrección de la vida”, el “todo y enseguida” y la realización total de los individuos contra las organizaciones y las burocracias. Vivir sin trabas aquí y ahora, en el estallido de las jerarquías instituidas [romper con las autoridades establecidas], Mayo del 68 estuvo dirigido por una ideología individualista [cada cual a lo suyo] “libertaria” [sin someterse a nada], hedonista [buscar pasarlo bien, divertirse] y comunicativa [de compadreo, no de compromiso], en las antípodas de la autonegación de las revoluciones anteriores [lejos de los sacrificios y los compromisos de otras revoluciones]. El *presente* colectivo y subjetivo fue el polo temporal dominante de Mayo del 68, primera *revolución-moda* en que lo frívolo prevaleció sobre lo trágico, y donde lo histórico se unió con lo lúdico [es como la moda, que lo que cuenta es el momento presente, no se piensa en qué vendrá después]. El Mayo del 68 movilizó, más en apariencia que de verdad, las pasiones revolucionarias; la forma moda había conseguido ya de hecho anexarse el orden de la subversión. Parodiando la Revolución, el Mayo del 68 antes que reavivar las llamas milenaristas [cuando se han pretendido grandes cambios], llevó por breve tiempo a su apoteosis la *moda de la contestación* [la moda de la protesta sin más].⁶⁴

La pretensión no puede ser más regresiva [lo que ocurrió fue volvernos más niños]. Es una rebelión ‘infantil’, con todos los rasgos de dicha etapa: vivir estrictamente el “presente” sin más preocupación, con la urgencia del “todo y enseguida”, “individualista, libertaria, hedonista

⁶⁴ Gilles Lipovetsky, *El imperio de lo efímero*, Ed. Anagrama, Barcelona 2002, 8ª edición, pp. 276-7

[principio del placer], y comunicativa [no socializada]”. Creo que la formulación más exacta del posmodernismo [lo que ahora estamos viviendo] la da al decir que es un **individualismo narcisista** [ir cada uno a lo suyo 'mirándose el ombligo']. Pero este ‘logro’ es lo más distante de la meta de cualquier planteamiento educativo de nuestra sexualidad, llamado a superar el ‘autoerotismo’ [este planteamiento no va más allá de buscar pasarlo bien sin pensar en los otros].

Este anclaje [quedarse encerrado] en el presente, si bien supone una ruptura con el pasado, no significa que se cierre al porvenir, pero veamos de qué manera:

-...la legitimidad del pasado fundador [la sociedad no parte de la nada, tiene un pasado], característica de las sociedades tradicionales ha dado paso a la de la organización del porvenir [mirar al futuro]. No cabe duda que las sociedades modernas descansan sobre la administración y la preparación del futuro a cargo de las diferentes instituciones políticas y económicas; no cabe duda tampoco de que el Estado administrativo democrático, liberado de toda referencia trascendente, halla su legitimidad profunda en su capacidad de preparar un futuro abierto y de orquestar el cambio colectivo [todo gobierno debe prevenir las 'crisis']... [Pero] Ya no tenemos una visión clara y concreta del futuro, éste se nos aparece desvaído y abierto; de golpe, la idea de programa político sin más tiende a perder su credibilidad; son necesarias la flexibilidad, la capacidad de guiar y rectificar con rapidez las propias posiciones en un mundo sin una dinámica trazada de antemano [hoy día los gobernantes están pensando sólo responder a lo que la gente quiere en cada momento, no apuestan por planes necesarios aunque no gusten]. Incluso existe primacía del presente en la esfera económica...: la velocidad de los cambios tecnológicos implica desde ahora la movilidad de las decisiones, la adaptación cada vez más rápida al mercado-rey y aptitud para la flexibilidad y la experimentación en el riesgo... El reino del presente pone de manifiesto la debacle de las ideologías demiúrgicas [se han caído los grandes proyectos], la aceleración en la invención del mañana y la capacidad de nuestras sociedades para autocorregirse, autoguiarse sin modelo preestablecido, incrementar la acción de la autoproducción democrática [una democracia que se agota en el presente inmediato].⁶⁵

Como siempre, los vocablos que Lipovetsky ‘inventa’ para definir situaciones son descriptivos y, en cuanto tales, resumen a la perfección lo que intenta explicar: denominar ‘autoproducción democrática’ a la dinámica de nuestra sociedad, es la mejor síntesis de lo que estamos viviendo: todo ‘**auto**’ [todo referido a uno mismo] lleva en sí el riesgo del aislamiento [quedarse uno solo], ya sea mental, social, incluso temporal. Encerrar la democracia en un ‘presente’ que, como venimos diciendo, no pasa de ser estrictamente infantil (¡sin raíces ni responsabilidades!), no deja de llevar consigo serios riesgos. Si las dinámicas ‘democráticas’ se juegan en estrictos ‘presentes’ [sin mirar las consecuencias de lo que hacemos], no nos sorprenda que abandonarse a una ‘autoproducción democrática’, no genere automáticamente inseguridad. El ser humano, como inteligente, no puede eliminar su apertura al futuro, ¡a la esperanza!, y ésta necesita cierto proyecto. En el contexto de nuestra búsqueda, una sexualidad ‘autoerótica’ queda necesariamente atrapada en la inmediatez del presente, pero carece de futuro; una sexualidad ‘aloerótica’ no puede ser tal sin ‘proyecto común’ y compromiso.

Y para terminar este epígrafe, una cita de *Deus caritas est*. La confrontación correspondería mejor con el último epígrafe, donde nos preguntamos con el mismo Freud por ‘*el interés hacia lo divino*’, pero a la hora de plantearnos la necesidad de una educación de nuestra sexualidad (¡que no está programada!), puede ayudar esta reflexión que **Benedicto XVI** hace a raíz de su alusión de la visión del ‘eros’ en los ‘clásicos’ [en los antiguos griegos]:

- 4...El *eros* se celebraba, pues, como una fuerza divina, como comunión con la divinidad.

A esta forma de religión que, como una fuerte tentación, contrasta con la fe en el único Dios, el Antiguo Testamento se opuso con máxima firmeza, combatiéndola como perversión de la religiosidad... las prostitutas que en el templo debían proporcionar el arrobamiento de lo divino, no

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 305-6

son tratadas como seres humanos y personas, sino que sirven sólo como instrumentos para suscitar la “locura divina”: en realidad, no son diosas, sino personas humanas de las que se abusa. Por eso, el *eros* ebrio e indisciplinado no es elevación, “éxtasis” hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. Resulta así evidente que el *eros* necesita disciplina [dominio] y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle gustar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser.⁶⁶

“Resulta... que el *eros* necesita disciplina y purificación...” Su ‘arrobamiento’ no es sin más ‘divino’, sino que a través de una ‘purificación’ nos hace ‘gustar... lo más alto de [nuestra] existencia’, de lo contrario, todo se extingue en ‘el placer de un instante’.

C. Interpelaciones propias [qué me dice a mí todo esto]:

Si el tema ha sido complicado, las propias interpelaciones [los ecos] también lo serán y podemos perdernos. ¿Qué es lo que tenemos que confrontar después de todo lo visto? Si lo que hemos tenido presente es un **proceso** [un camino que hay que recorrer] nunca asegurado pero de gran alcance porque de él depende que seamos capaces de abrirnos a la realidad (**Principio de realidad**, aloerotismo, amor), pues de lo contrario quedaríamos atrapados en nuestro 'pequeño mundo' (**Principio del placer**, autoerotismo [no salgo de mis caprichos]), no hay más remedio que tener el valor suficiente de dar nombre a nuestros estancamientos o regresiones [volvernos como niños] y no maquillar o justificar para no tener que afrontar.

Es decir, la sexualidad, en cuanto energía [fuerza] clave y dinamizadora de [que mueve] nuestro ser, está presente (gracias a su condición **plástica**), en todos nuestros comportamientos. Lo que da color y dinamiza nuestra totalidad es nuestra condición sexuada, nos decía **Julián Marías**, y **D. von Hildebrand** nos describía la actualización de nuestra esfera sexual como el acto más despierto de nuestro cuerpo y donde cuerpo y espíritu [no sólo mi cuerpo, sino en cuanto persona] entran en contacto, es decir, un acto central que pone en juego a la persona en cuanto totalidad. Pues bien, si esta energía no ha evolucionado correctamente [y no hemos salido del autoerotismo - **Principio del placer**-, de nuestra niñez!], no descubriremos la gozada que es darse [aloerotismo: acceder a la realidad -**Principio de realidad**-, el darse sin más -amar-] y terminaremos en un asfixiante auto-consumo [que termina por dejarnos hartos].

Dicho de otra forma, ¿la vivencia de mi sexualidad evolucionada [madurada] me ha descubierto un gozoso compromiso que me capacita a dar respuesta como totalidad [como persona, no como una parte de mí mismo] a una realidad que me interpela [me hace preguntas, que yo tengo que responder, nadie puede hacerlo por mí] y hace salir de mí mismo [**Principio de realidad**] o más bien me encierra obsesivamente en asegurar angustiosamente un placer que se me escapa y nunca podré detener [**Principio del placer**]? ¿Dinamiza el supuesto 'logro' alcanzado o la 'vectorialidad' incorporada [qué es lo que me llena, el haber consumido algo, o el vivir la vida de una forma que me llena: 'vectorialidad']?

Hay que tomar conciencia que este **proceso** encierra en sí una fuerza descomunal [tremenda], que no está llamada ni a **reprimirse** ni a **consumirse**, sino a **dinamizarnos** [a movernos, a darnos ilusión en la vida], pues sólo entonces nos llenará nuestra respuesta (¿de lo contrario siempre quedaremos insatisfechos!) Pero para que se convierta en algo dinamizador (y no aparcado [represión] o consumido [que nos deja hartos]), la persona ha de ser la protagonista. Para ello necesita una **vectorialidad**, y no hay vectorialidad más dinamizadora [que nos mueva con más

⁶⁶ **Benedicto XVI**, *Deus caritas est*, nº 4.

fuerza] y totalizante [sin dejar nada fuera] que nuestra **instalación sexuada amorosa (Julián Marías)**. Sólo cuando nos dinamiza como vectorialidad (como dinámica [como fuerza que nos mueve], no como consumo [que nos harta]), nos pone en juego como totalidad y puede llenarnos, es decir, nos damos, no somos 'engullidos' ['tragados' por algo que nos puede].